

Bô Yin Râ

# El Camino de Mis Alumnos

Revisado en 2019

Título del original alemán: «Der Weg meiner Schüler»

Traducción al español:  
Eduardo Cícaro-Neumann,  
Buenos Aires, 2016,

sobre la no modificada, nueva y ampliada versión  
editada en 1932 por Kober Verlag AG, Berna – Suiza.

Revisión con respecto al original alemán:  
Jan A. Schymura

Todos los derechos reservados.

## ÍNDICE

A QUIÉN CONSIDERO COMO ALUMNO.....	4
UNA DISTINCIÓN NECESARIA.....	11
AUTOTORMENTO INNECESARIO.....	20
DIFICULTADES INEVITABLES.....	27
FE DINÁMICA.....	35
EL PEOR OBSTÁCULO.....	40
EL ALUMNO Y SUS COMPAÑEROS.....	46
VIDA INTERNA Y MUNDO EXTERNO.....	54
CÓMO SE DEBEN USAR MIS LIBROS.....	66

A QUIÉN  
CONSIDERO  
COMO ALUMNO

Es bien cierto, que no a todos los que se *llamen* así, puedo *reconocerlos* como mis alumnos, sin embargo, que esto no sea un impedimento para aquellos que *han* demostrado ser realmente alumnos míos por medio de la acción y el comportamiento, o que estén dispuestos a *comprobarse* como verdaderos alumnos espirituales.

¡Cada ser humano es su propio *juez*!

¡Un juez de sí mismo, cuya sentencia no tiene «apelación» en toda eternidad!

¡Y su veredicto no es una interpretación juiciosa del *pensar*, sino una justa confirmación a través de los hechos!

Cada uno se determina a sí mismo a través de su propio comportamiento, ya que él no puede ser otra cosa, que aquel comportamiento para el cual se muestra capaz.

El gesto externo, o la apariencia de sí mismo, pueden engañar al propio juicio y despistar a los demás, pero no puede alterar en absoluto el lugar que uno tiene en la vida espiritual y sustancial determinado por el propio *accionar*.

Él que realmente es mi alumno, *lo sabe*, porque *actúa* en la manera que mi enseñar exige a *todos*.

Él no necesita de mi explícito reconocimiento, ya que su *actuar* confirma con toda seguridad, si puedo considerarlo como parte de mis alumnos, o no.

¡No puedo convertir a ningún ser humano de esta Tierra en mi alumno, realmente conectado a mí en el espíritu de la luz primordial, si no lo *es* por medio de su pensar, su sentir, su voluntad, su hablar y su propio accionar *por sí mismo*!

Si uno de mis alumnos me conoce personalmente, debería ser para él lo más insignificante.

El cuerpo mortal en él que vivo en lo terrenal, lleno de defectos y sufriendo una multitud de dolencias, no es para mí en el mundo visible, más que lo que la aguja es para el mecanismo oculto del reloj.

Él solo tiene que ver con la enseñanza ofrecida por mí como mediador.

También es en absoluto insignificante, y no hace de una persona alumno alguno, cuando de manera vergonzosa, dice de sí mismo que «está bajo tutelaje», porque «*memorizó*» todo lo que está escrito en mi obra.

Mientras que aquello asimilado de mis palabras solo permanece una *posesión cerebral*, solo será una posesión en tanto que el cerebro lo puede «conservar».

¡Nada de esto pasará a ser *permanente*!

Solamente aquello, convertido en un *actuar* y en una *forma de vida* permanecerá: - cuando ningún átomo del cerebro exista más en la misma forma, que una vez fue necesaria para asimilar lo adquirido de mí. -

Ser mi alumno, no es consecuencia de algún tipo de *distinción* que yo debiera de «conceder».

Es mi alumno todo aquella persona que se *sumerge* en las enseñanzas ofrecidas por mí, comprometiéndose *ante sí mismo*: en cuanto sea posible para él, transformar su vida, según las consecuencias que lógicamente sepa inferir respecto a mis enseñanzas.

Esto solamente tiene que ver conmigo en cuanto haya devenido en ser el formador lingüístico de la transmisión de mi propia experiencia e interpretador de antiguas enseñanzas, cuya verdad pude comprobar.

Es cierto que aquí se trata de regiones de experiencia que no les son accesibles a ninguno de mis semejantes en el lado occidental del globo terráqueo, - y solo a unos pocos en el *otro* lado, de los cuales ninguno tiene la *tarea* de divulgar información al público.

Yo no puedo privar a ninguno de mis alumnos de que me llamen «Maestro», ya que es conocido que en los países del amanecer, seres humanos de mi condición, y también cualquier maestro espiritual, son denominados con palabras que se acercan más a este término, - aquí realmente podría aludir a una «prerrogativa» espiritual, - pues *solo* veo un sentido y un valor en tales designaciones, en cuanto el usuario sepa dotar semejantes términos con su conocimiento de la *realidad* por ellos mismos descrita.

Dado que esto es posible para muy pocos, les pido una y otra vez *omitir* la denominación de «Maestro», ya que de ningún modo, nombrándome por medio de una denominación o un trato, uno entra en una relación de alumnado conmigo.

¡No es una insensatez pequeña, pensar que una relación *puramente espiritual* que tiene efecto mucho más allá de toda existencia terrenal, dependiese de algún testimonio externo de reconocimiento!

Una concepción sobre mi actividad de docencia espiritual no exactamente correcta, también se delata cuando, con la intención de darme una alegría, uno piensa tener el deber de enviarme alegremente cada reseña de periódico, cuyos autores tienen algo bueno que decir sobre mis libros; mientras que me envían verdaderas cartas de condolencia, cuando algún desconocido, de un diario insignificante, cuyos lectores *jamás* podrían ser considerados alumnos de mis enseñanzas, no renuncia al derecho determinado por su impertinencia juvenil, queriendo hacerse valer en algo antes sus lectores.

En general considero a las reseñas literarias de buenas revistas y periódicos, con todo el respeto deseable que uno debe tener por la opinión de un semejante, que de por sí, tienen algo que decir.

En la mayoría de los casos, se ve ya en la primera frase «de qué espíritu es hijo» el reseñador, y que grado de atención merece su expresión de opinión, aun cuando uno todavía *no* conoce su firma o nombre.

Si yo solo crease obras *poéticas*, o escribiese libros científicos, serían importantes las reseñas de mis libros, porque me sentiría obligado a examinar el reflejo de mi trabajo en la opinión de mis semejantes a fin de poder luego utilizarlo para mi futura producción.

Pero yo no me presento ante el público como un poeta o un representante de una ciencia o una parroquia, sino que formo mis textos de enseñanza a partir de los resultados de mis vivencias individuales y de un modo de percepción propia que hoy día, en Europa, ninguno de mis semejantes posee; es así que incluso el más benévolo reseñador no lo tiene fácil y su opinión poco me ayuda con lo que tenga que escribir, aun cuando su reseña de los libros pueda aportar mucho para que lleguen a las manos de aquellos que los necesiten y que los han buscado hasta ahora.

Pues pienso que justamente todos aquellos reseñadores serios, que en parte son responsables por la difusión de mis libros, entenderán primero que mi obra de enseñanza *solo podrá ser evaluada*, en el momento que el evaluador haya empezado a *actuar según mis indicaciones*.

Por lo demás no vale la pena hablar de categorizaciones de mis escritos o de mi persona, que son completamente descabelladas, aun cuando alejado de lo público, frecuentemente me encuentro con cosas extrañas: a veces en disfraces graciosos, a veces en gestos indebidamente apropiados, - en algunas de las muchas *cartas*, que jamás voy a poder llegar a contestar.

Aquí debo advertir explícitamente, con respecto a mis verdaderos y probados alumnos, que me es imposible ponerme en un compromiso de iniciar una correspondencia escrita; así que *nunca* se debe

tomar la no-contestación de las cartas dirigidas a mí, de acuerdo al dicho: «ninguna contestación también es una contestación», como expresión de mi evaluación personal de la carta que me llegó o aun de su autor.

Aunque una carta me pueda interesar apasionadamente u obligarme a una empatía ardiente, - pueda tener mucho que decir acerca de su contenido, - debo, sin embargo, privarme de dar una respuesta, ya que el volumen de mi correspondencia no es posible de aumentar más aún, - ni siquiera mantenerse, si no quiero dificultar mis tareas principales fraccionando las fuerzas que exigen la más profunda concentración posible. -

Eso, lo saben mis alumnos más próximos por consideración propia, pues también los alumnos más remotos muestran la misma comprensión en las numerosas cartas, si bien solo quieren transmitir no más que saludos afectuosos, ya que frecuentemente los remitentes ni siquiera incluyen su dirección postal.

¡A todos aquellos quiero expresarles aquí mi agradecimiento en especial!

¡Por otra parte debo corregir con *mucha firmeza*, el concepto que pudiera tener algún alumno, y lamentablemente aun los más avanzados y admirables alumnos lo tienen, acerca de sus pretendidas obligaciones! -

Estoy hablando aquí del empeño en hacer *prosélitos*: - el empeño en desarrollar una especie de «actividad misionera» para la aceptación de las enseñanzas que yo represento, y así de distinguirse como «apóstol» de la obra ofrecida por mí.

¡Nada me puede ser mas fatal, y nada puede obstruir mas la serena y sobria asimilación de lo que tengo que decir, - es más, nada ha frenado tanto mi obrar hasta ahora, - que aquel afán equivocado de alumnos leales!

Entiendo muy bien la buena *intención*, y conozco por cierto también todas las consideraciones que seducen hacia aquel afán poco laudable, no obstante, a tal impaciente esfuerzo misionero no puedo privarle de la amarga verdad: - ya que ese afán *aleja* a mucha más gente de una lectura del contenido de mis libros sin prejuicios, que la que pueda atraer.

Además se manifiesta en esa impaciencia siempre una pequeña, si bien perdonable, sobreestimación de la propia capacidad *de persuadir*, y al mismo tiempo una grave *subestimación* de los poderes espirituales primarios, de los cuales depende todo impacto de mi obra de vida.



La experiencia me muestra claramente, que entre todas las personas, que hoy pueda reconocer como mis reales alumnos espirituales, existe solo una muy pequeña minoría, que primero ha oído de mis libros por medio de un alumno «misionero». A todos los otros, *los libros* les «llegó» de alguna manera, - sea por caminos muy extraños, a personas de carácter bastante tenaz, sin la menor intención de asimilar cosas espirituales.

Algunos de mis alumnos obviamente pasan por alto la diferencia que existe entre su bien intencionado trabajo misionero y el *trabajo publicitario del editorial*. -

¡Pues, aquí se trata de algo *esencial!*

Mientras que la *selección personal por medio* del «misionero» está en primer plano, el editor hace su publicidad ante un público general, donde *la conducción espiritual* de cada uno decide quien está listo para los libros y quien no lo está.

Todo trabajo publicitario de la editorial parte de la premisa de que existen incontables personas que puedan necesitar mis libros urgentemente, pero que aún no saben de ellos. La editorial dirige a todos los lectores su propaganda, y omite hacer selección alguna. La *selección* de aquellos, a los cuales mis libros se acercan por medio del trabajo publicitario, es resultado de un proceso *espiritual*, que jamás se equivoca.

En cambio, la más bien intencionada *publicidad privada* - salvo algunos casos excepcionales - constituye una grave intervención en la esfera del alma del otro.

Tal intervención indeseada y frecuentemente intempestiva puede tener como consecuencia, que la persona precipitadamente cortejada no esté todavía lista para mis libros, aunque mi afanoso alumno piense lo contrario, - y ahora desarrolla una verdadera aversión a lo recomendado con tanta urgencia, ya que existen muchas personas que solo valoran *aquello* que han encontrado por sí *mismas*.

Pues, puede ser que - la persona así intimidada, *hubiera encontrado* unos días o semanas después, mis libros por sí misma, pero que ahora los rechaza a causa del afán de mi alumno, - hasta que ella, quizá *años* después, finalmente los encuentre en la manera que le *corresponde*.

Lamentablemente puedo acogerme a *muchos* casos, en los cuales alumnos demasiado afanosos intentaron ganar personas para mis escritos, y solo lograron la *más fuerte aversión* hacia mis libros,

hasta que las personas impedidas así, finalmente me hallaron *no obstante*, dándome un informe de lo que vivieron previamente.

Así, quien quiera actuar correctamente en estas cosas, debe permitir a los poderes espirituales, cuidadores de mis libros, hacérselos llegar a quienes ellos quieran.

¡Esto no significa para nada, que también se deba evitar *hablar de mis libros!*

¡Yo solo quisiera evitar a otros el *misionero* «cortejar» y «acarrear».

Dado que en la mayoría de los casos, son alumnos *muy probados* que se sienten *impulsados* de abogar por aquello que les dio luz e iluminación, me parece muy importante hacer aquí esta advertencia.

Al mismo tiempo, debo advertir a cada uno de mis alumnos, de no *exigir demasiado* de sí mismo o de sus conocidos condiscípulos.

Como guardián trabajador, he liberado el Camino de muchos obstáculos, por el cual el alumno llegará al espíritu sustancial y a una segura consciencia de su propia pertenencia al espíritu; que antes exigían un esfuerzo casi sobrehumano para ser superados.

¡Pero tampoco soy capaz de eliminar también todas las *dificultades*, pues solo éstas se vencen con *perseverancia*, ya que el Camino, desde tiempos remotos, conduce sobre roca firme.

¡A ninguno de mis alumnos puedo excusar del esfuerzo de la *escalada*, - a nadie puedo llevar a hombros hasta la cima!

Pues, cada subida empinada se supera mejor, cuando el escalador sabe utilizar sus fuerzas con sabia moderación, sin correr y sin presión, para que jamás pueda quedar preso de una sobre-extenuación.

¡Una serena *confianza* y una *creencia* despierta *en sus propias fuerzas*, le acercan al aspirante a su elevada meta con más facilidad, que toda voluntad crispada, por la cual el impaciente se deja fácilmente seducir!

UNA DISTINCIÓN  
NECESARIA

Lo que he querido dar a entender sobre la palabra «*espíritu*», está claramente expresado en todos mis libros.

Si bien en el uso cotidiano del idioma, y aun en la terminología de los eruditos, esta misma palabra es utilizada también para denominar las funciones del *cerebro* humano y sus efectos; veo a éste o a aquel alumno mío *malinterpretar* con frecuencia una y otra vez la palabra «*espíritu*» cuando la encuentra en mis libros.

Esto por cierto no es nada sorprendente, ya que en la vida cotidiana se habla del trabajo «*espiritual*», del cansancio del «*espíritu*», de la aguda dicción «*espiritual*», de los ingeniosos comentarios «*espirituales*», de la frescura «*espiritual*», así como también de estar «*espiritualmente*» enajenado, y prontamente el *tal* llamado «*espíritu*» se eleva hasta el trono más alto, para luego declarar la *guerra* en favor del *alma*.

Pero lo que ahí se denomina con la palabra «*espíritu*» es el *trabajo cerebral*, - es la exteriorización de la *función cerebral* perfeccionada por su continuo uso, - particular testigo del *veloz* trabajo del cerebro, o de su continuo *potencial de eficacia*, tal como por otra parte, se llaman «*enfermedades espirituales*» aquellas que son enfermedades-*cerebrales*, sean éstas generadas por causas *físicas bien reconocibles* o por algún tipo de influencias *ocultas*.

Es solo un síntoma del propio alejamiento del espíritu, cuando el ser humano terrenal, «*caído*» del Ser consciente del espíritu sustancial, experimenta las manifestaciones de su cerebro como algo «*espiritual*», es así que se habla de un «*espíritu activo*» cuando se refiere a un *cerebro* activo.

Solamente ahí donde la palabra «*espíritu*» debe normalmente denominar un ser individual, invisible y desmaterializado: una manifestación del «*Más Allá*», se trasluce el último rayo, casi completamente absorbido por la oscuridad de una vivencia primordial del «*espíritu*» *sustancial*, sean que las imágenes que el ser humano se creó para hacer concebible lo invisible, a veces se muestren en formas fantásticas y horripilantes, grotescas y vulgares.

En cambio, en el terreno de las religiones europeizadas, se *habla* mucho del espíritu, - pero si se atiende realmente bien al tono de las palabras, uno se da cuenta que *también en este caso* solo se denomina al «*espíritu*» como una forma más sutil del *funcionamiento del cerebro*, como cuando se habla del espíritu de la *eternidad*, del espíritu de *dios* y del espíritu «*santo*».

Si bien es cierto que Dios es espíritu, y «los que le adoran», suelen adorarle «en espíritu» y por lo tanto en «verdad», sin embargo, a este espíritu que es *Dios*, se lo entiende como semejante a una experiencia cerebral humana, a una conciencia cerebral enormemente desarrollada y la *adoración* en el espíritu es concebida no de otro modo que en *pensamientos*.

Del *eterno espíritu sustancial*, como la más luminosa y traslúcida irradiación de Dios *en nosotros* que podemos vivamente experimentar, no se tiene la menor idea.

¡No es sorprendente entonces, cuando brillando en tantos engañosos colores, se alzan las voces de guerra contra la supremacía del «espíritu» de los *cerebros*!

¡No es sorprendente entonces, que se busque defender con respecto a él los derechos del *alma*!

El impulso hacia tal lucha es dado por la certeza interna, de que el «espíritu» de los cerebros terrenales no puede de ninguna manera ser el sumo bien, que nos es posible experimentar internamente.

Con «precisos» sentidos de percepción interna, uno se acerca al *alma*, en cuyas manifestaciones se percibe una fuerza, que es infinitamente superior al conocimiento del cerebro sobre sí mismo.

Uno por fuerza, *debe* rechazar las palabras de Pablo, de que el espíritu lo penetra todo, aun «las profundidades de Dios»; - mientras que al escuchar ese dicho, uno piense en un «espíritu» que no es más que el resultado del movimiento de las células cerebrales. -

Que aquí se trate por el contrario del eterno espíritu sustancial, que de *ninguna* manera *depende del cerebro*, el cual es solo una creación de aquel espíritu, es lamentablemente desde hace mucho un misterio . . .

El ser humano de esta Tierra se ha volcado hacia un pensar cada vez mas diferenciado, siempre fascinado por la creencia absurda de que su condicionado pensar cerebral seria «*espíritu*» del espíritu de la eternidad, - y solo en unos pocos se pudo conservar la leve intuición, de que debería haber un reconocimiento, que jamás podría ser alcanzable a través de una actividad cerebral, - un reconocimiento desde la *vivencia* real del espíritu - y no desde un razonamiento deductivo, extrapolar o concluyente.

Pero *cómo* alcanzar aquel vislumbrado reconocimiento, nadie lo supo decir, aunque no faltaron testimonios *afirmando* esa posibilidad.

¡Pero en todos los tiempos, solo les fue posible a aquellos que lograron entrar «en el espíritu»: «en» el eterno espíritu, viviente de sí mismo, indestructible, inalterable y sustancial!

Ese «espíritu» se capta tanto menos en el *pensar* cerebral, como con los sentidos terrenales-animales.

Tenemos que estar «en» él, si quisiéramos conocer, ahondar e investigar en *él*, y nosotros *podríamos* entrar en él, ya que nosotros - también físicamente - somos *vividos* por él: - ya que él «vive» en *nosotros*, aun cuando todavía *no* seamos capaces de vivir en *él* . . .

¡Pero jamás podremos, con la ayuda de cualquier *actividad cerebral*, entrar «en el espíritu»!

¡Ya que se trata de un *acontecer*, y no de un pensar o de un imaginar terrenal!

Si bien es cierto que ese acontecer pueda ser «registrado» por el cerebro, y luego *integrado* al pensar como un hecho certero, es imposible *producirlo* por medio del cerebro.

*Como* se llega a vivenciarlo, lo muestro en mis libros.

¡Solo a fin de *señalar* aquí lo necesario, he *escrito* mis libros, - escritos realmente con la *sangre de mi corazón*!

Dado que existen *muchas* posibilidades de provocar el mencionado acontecer, muestro también las *particularidades* de las individualmente diferentes *formas* de recorrer el Camino que conduce a la meta.

Cada palabra que he escrito sirve para mostrar el Camino, así que quien quisiera andar por él, puede recorrerlo con poco esfuerzo y de la forma más apropiada a sus aptitudes, si bien no solo trazo el Camino, sino que al mismo tiempo, muestro ciertas *perspectivas* que se presentan de tales paraderos o de la meta final de ese Camino conocido tan solo por unos pocos.

Es un error no totalmente irreparable, cuando ciertos lectores de mis escritos creen que sus capacidades son *ilimitadas* y que solo habría de estar en la voluntad de cada cual el poder andar por el Camino en esta y aquella forma mostrada por mi o en todas *al mismo tiempo*.

Cada ser humano trae consigo a esta Tierra una predisposición *diferente*, y cada uno está desde su juventud condicionado por personas y circunstancias, por experiencias como también por ideas

propias y ajenas, así que todo ello determina de qué *forma* debe andar por el Camino, si quisiese entrar «en el espíritu».

Creo que muestro suficientemente en mis libros, las condiciones que corresponden respectivamente a *una u otra* forma.

Seres humanos de mi condición, al igual que yo, conocen las distintas formas de recorrer el Camino, pero como crecieron bajo la inflexible tutela de sabios maestros de Oriente, disciplina que nos parecería «cruel», experimentan el contenido de mis escritos como «demasiado fácil de entender», ya que son de la opinión que el Camino para entrar en el espíritu debe estar lleno de obstáculos; ya que solo aquel que no se dejase desalentar por el más terrible obstáculo, sería merecedor de llegar a la meta.

Lo mismo pensaron los verdaderos iniciados de los *antiguos* «misterios» en China, India, Babilonia, Persia, Egipto, Grecia y Roma, en tanto se trató de un conocimiento real de las mismas posibilidades del acontecer, de las cuales se habla en mis libros.

¡Sin embargo, y a pesar de todo, no se debe creer que yo haya sido tan «claro», como lo soy en mis textos, sin haber tenido responsables y válidos motivos para ello!

Es cierto que la decisión recayó solo *en mí*, pero a la vez supe también porque se me dejó tomar esa decisión.

No soy ni un hombre de la antigüedad, ni un oriental, si bien me encuentro *sustancial y espiritualmente* incluido en estos *dos* círculos de vida, tanto espacial como temporalmente, - pero como Europeo del siglo veinte, según el calendario cristiano, también conozco, lamentablemente, la característica principal de la humanidad de mi tiempo; la *impaciencia*, por esto sé que serían solo unos pocos los que podrían entonces albergar la viva esperanza de obtener provecho de mi enseñanza, si resolviese hablar en un lenguaje oculto, intentando obstruir aquello que quiero hacer accesible a todos.

Es cierto que en toda mi obra escrita se trata de cosas que no se dejan fácilmente expresar por medio *del lenguaje*.

Lo que tengo que decir no se deja fácil capturar *en palabras*.

Tampoco trato con un público de lectores suficientemente *preparado*, dado que en la vulgarización de ciertos conocimientos sobre círculos de culturas pasadas o bien culturas alejadas de Occidente, se sabe que hay que tener en cuenta, que aun entre los eruditos en cuestión, no se conoce la

característica que dentro de este campo de conocimiento, distingue la superstición del verdadero *conocimiento de la realidad*.

Solo pueden saber sobre esas características, aquellos seres humanos que ya han *entrado* «en el espíritu» y por ello están en condiciones de percibir «desde el espíritu».

Más yo no escribo para esas personas, y ellos pueden sencillamente prescindir de mis palabras.

Sin embargo, aquel que quiere ser mi alumno, ya que para él se trata de encontrar el Camino de la manera que le es propia, a fin de entrar «en el espíritu», le haría bien en no *mezclar* arbitrariamente *entre si* las distintas formas por las cuales se ha de recorrer el Camino, sino escoger solo aquella que especialmente le guste, dejando tranquilamente de lado aquellas otras posibilidades por mi señaladas.

No hablo del espíritu sustancial, a fin de proponer una enseñanza que solo sean capaces de poder seguir los más estoicos.

Muestro desde el espíritu que es *amor*, la forma del amor y la eterna e inagotable misericordia: - el Camino de la Compasión.

No solo señalo el Camino, sino también indico sus características, las cuales el buscador necesita conocer.

Cada uno puede seguir las indicaciones del Camino que les sean *fácilmente* comprensibles, y no debe dejarse confundir por las indicaciones que les corresponden a *otros* buscadores.

Lo que yo denomino en mis escritos con la palabra «espíritu», no se deja comparar con lo terrenalmente conocido.

Es la *más esencial* forma de representación del *Ser-Primordial*, desde donde emana todo lo existente, - desde lo cual todo lo que existe recibe «*vida*», en tanto permanezca en su respectiva forma individual.

Cuando digo: es como el libre e inconcebible más alto voltaje de electricidad que *penetra* todo cuerpo que entra en su campo de fuerza, *manifestándose en él* según su aptitud, - no es por cierto una comparación, sino más bien, una imagen útil para ayudar a no caer en la confusión.



Dentro de nosotros, llevamos la capacidad de experimentar aquel Ser-Primordial; pero sin nuestra participación consciente, no se obtiene tampoco «gracia» alguna que permita desplegar esta mencionada capacidad, capaz de revelarnos el mundo del espíritu esencial y sustancial.

Este mundo del eterno espíritu primordial que a su vez abarca incontables mundos individuales, no es algo rígido e inalterable, ni un caos desordenado, sino un continuo movimiento: - un cosmos de claras formas en continua transformación, las que, sin embargo, son en su esencia idénticas a sí mismas.

Quien quiera aprender a experimentar dentro del espíritu el mundo espiritual, debe antes eliminar dentro de sí los impedimentos que surgen de su imaginación, como si lo espiritual, inaccesible al ojo terrestre, de ninguna manera le fuese sensorial, sino más bien algo evanescente, un soplar y un ondear inarticulado sin una configuración determinada.

Él deberá tener en claro, que la propia y última *causa primordial de su vida* es el espíritu, - que también el organismo del «cuerpo» *espiritual* puede ser activado en su corporificación terrenal, y que luego los «sentidos» puramente *espirituales* se despliegan en lugar de los sentidos físicos.

Sin embargo, el buscador debe saber que dentro del espíritu, solo se puede experimentar según un modo *espiritual* de ver, así como en la Tierra se puede experimentar el mundo físico que nos rodea solo como consecuencia de un modo de ver *físico*-sensorial.

Y así como en el mundo físico la percepción del mundo está condicionada por los sentidos físicos, así también dentro del espíritu solo puede ser vivenciado aquello que el nivel de desarrollo de los sentidos espirituales de cada uno le permite hacer posible el vivenciar.

Y así, como en nuestro mundo físico, los sentidos terrenales muestran diversas posibilidades de desarrollo, condicionando de manera *diferente* la vivencia del mundo de cada ser humano, según prevalezca uno u otro sentido, así también la vivencia espiritual depende de la capacidad de desarrollo de los sentidos *espirituales* que en cada espíritu humano es diferente.

Pero para que la serie de analogías que aquí muestro sea completa, debo llamar la atención al alumno de una esencial igualdad que por cierto presupone todo lo arriba mencionado, pero para la evaluación del vivenciar espiritual, no está de ningún modo en último lugar.

Estoy hablando aquí del hecho de que podamos experimentar lo espiritual igual que lo físico-sensorial, percibiendo de manera *objetivamente-fría*, como también con toda la calidez de una concordancia del *alma*.

En el experimentar *físico-sensorial*, como en el experimentar *espiritual-sensorial*, siempre se trata solo del vivenciar de los distintos *aspectos* de la misma *fuerza primordial*, la que he denominado en uno de mis libros como «*lo único real*» (El Libro del Más Allá, cap.3, p.46).

En esa «*única realidad*», solo su *propia* «conciencia» puede penetrar por toda la eternidad, así como a los más elevados e inimaginables niveles del ser espiritual-humano, ella les sería como no existente, si su existencia no produjese la manifestación de la influencia de las *fuerzas del alma*, que aspiran a incidir en nosotros tanto en la vida físico-sensorial como en la vida espiritual-sensorial, si es que nosotros mismos no impedimos tal accionar.

Por eso es muy significativo *unificar* tales fuerzas del alma a nuestra voluntad más profunda, - las que sabemos *identificar* con esta voluntad. -

¡No solo para nuestro experimentar en la Tierra, sino también, en mayor grado, para nuestro *espiritual-eterno* experimentar!

Por eso, para quienes quieran entrar en el espíritu, es el deber más elevado y estricto, proteger de «daños» a sus fuerzas del alma, para que su más elevado aspirar no termine con la «*muerte*» del alma; ya que careciendo aquel percibir objetivamente-frío del fervor del alma, constituye una *autocondenación* que no ha de expirar, hasta que la conciencia-individual se consuma en el transcurso de eones . . .

Por eso, para los vehementes luchadores a favor del *alma*, se trata de que el «espíritu» de los *cerebros* no mate al alma, y aunque desconociendo ellos el *eterno* espíritu *sustancial*, no están de ningún modo equivocados dentro de su campo de experiencia. -

En realidad, el experimentar del eterno espíritu sustancial es totalmente independiente del «espíritu» de los cerebros: - del pensar y del razonamiento extrapolar.

Solamente para el *reconocimiento* y la *comunicación* de lo espiritualmente experimentado, necesitamos aquí, en el estado físico-sensorial, la actividad del cerebro.

En cambio las *fuerzas del alma*, son las que - si puedo decirlo sin peligro de propiciar un error de entendimiento - dentro de nuestro espiritualmente formado «Yo», *reemplazan* al cerebro físico, constituyendo entonces la eterna justificación de este experimentar.

Después de todos estos razonamientos que sirven para *simplificarles* a mis alumnos la conformación de la vida según las indicaciones de mis libros, debo, sin embargo, otra vez advertir, que yo mismo soy muy consciente de que todo el lenguaje humano solo constituye un medio bastante insuficiente para la exposición de la realidad espiritual.

Por eso debo solicitar a mi alumno que no se distraiga gratuitamente, en el sentido de ejercitar su indudable perspicacia buscando descubrir si a mis palabras se les pueda dar quizá un *otro* sentido diferente al que les he dado, porque creo haberles buscado una definición suficientemente clara y exacta.

Pues no hay otra manera diferente de hablar sobre una vivencia que uno habría *experimentado*, que darla a conocer a través de descripciones, imágenes y parábolas.

¡Debo dar por sentado la sincera *voluntad* en mis alumnos de querer entender!

Por otra parte, tengo que ser lo suficientemente claro para advertir sobre la práctica de un rígido *culto a la palabra*, respecto a mis libros.

Mi alumno debe aprender a percibir el *sentido* dado a través de mis palabras y luego *actuar* conforme a ese sentido.

¡De verdad no quiero dar vida a una nueva ortodoxia!

Cada uno puede tranquilamente traducir mis palabras a su lenguaje más cercano y personal, si ello le ayuda a facilitar su entendimiento.

Cuanto más distancia haya recorrido el buscador en su Camino, tanto menos esencial le resultará toda elección de parábolas, o por causa de la insuficiencia de las palabras del idioma adaptadas a las condiciones terrenales-externas, ya que todo aquello que él encontró afirmado por la propia experiencia, es lo que le servirá para todo lo que vendrá como una certera e instructiva clave.

**AUTOTORMENTO  
INNECESARIO**

La mayoría de las personas de la cultura occidental - no importa a que comunidad religiosa pertenezcan - *no saben nada* de la posibilidad de desarrollar ya aquí durante la vida terrenal, el organismo sustancial espiritual, cuyo organismo después de la terminación de la existencia física-terrenal nos será el único portador de conciencia.

Otros, por cierto, habrán escuchado acerca de tal posibilidad de desarrollo, - aunque de fuentes muy cuestionables, - sin embargo, no llegan a creerlo.

Finalmente hay otros que sospechan, que el conocimiento basado en la propia vivencia, de un mundo *no*-perceptible con los órganos físico-terrenales: - es *posible*, pero buscan en vano un «método» a fin de lograr tal conocimiento.

Entre estos buscadores se encuentra muy extendida la creencia, que se trata de una «espiritualización» con respecto a la meta de su búsqueda, - y dado que no conocen otra cosa, aparte de su existencia física-corpórea, piensan poder acercarse a su meta a través de una espiritualización del cuerpo-físico.

Es cierto, que este pobre cuerpo-físico solo se encuentra *viviente* por medio del espíritu, pero jamás podrá *convertirse* en espíritu.

Dado que uno debe presenciar como el cuerpo se resiste, a su manera, a la exigencia excesiva, uno aspira a «*superarlo*», pensando haberlo vencido «*matando*» las mejores fuerzas del cuerpo animado por el espíritu.

Y ahora son reconocidos como los mas «espiritualizados» porque resultaron ser los más vigorosos en tal «mortificación», y se ven fortalecidos en tal creencia ante sí mismos por las alucinaciones y otras supuestas «gracias» que en verdad, no son otra cosa que las consecuencias de las inadmisibles torturas, sutiles o graves, del cuerpo.

La historia de todos los sistemas religiosos está llena de ejemplos de tal inversión del sentido, acompañado también lamentablemente de testimonios de su glorificación.

Tanto que un ser humano pueda admirar que un semejante haya encontrado el coraje para torturarse; es una inhumanidad bien poco merecedora de admiración.

Nosotros, seres humanos aquí en la Tierra, no existimos para cuidar *solo* lo *animal* dentro de nosotros, dejándonos ser condicionados por la adicción al placer o al amor por la comodidad; pero tampoco tenemos la tarea de *torturar* nuestra naturaleza animal.

Entonces pues, actuemos correctamente cuando eduquemos al cuerpo terrenal para ser *expresión* del espíritu sustancial que nos anima.

¡Para esto todo es apropiado, salvo la autotortura y la tortura del cuerpo!

Aquí no hablo como alguien que no es capaz de negarle nada a su cuerpo.

Hace tiempo, cuando yo mismo era de la opinión que «el ayuno y la mortificación» eran actividades bien vistas por Dios, durante muchos años cumplí con más exigencias que un monje austero, con el periodo del ayuno de las cuarenta días pre-pascualino; y además practiqué el ayuno en otros momentos, absteniéndome de todo alimento, salvo del agua de manantial.

Puede ser que haya personas más versadas en estas artes, y con alegría les cedo toda preeminencia, ya que con mi despertar en el experimentar del eterno espíritu sustancial, perdí toda ambición en el campo del ascetismo.

Sé desde entonces, que todos los motivos de la vida ascética están basados sobre graves errores, - y que solo existe *una sola* justificación de la ascética: - lo que ella exige a través de la terapéutica para el salvamento del cuerpo terrenal mismo. -

Eso también incluye la inclinación de algunos a una forma de vivir frugal y espartana-estricta, entretanto sea supuesta o realmente practicada, a fin de fomentar el bienestar del cuerpo terrestre.

Sin embargo, si el motivo de tal forma de vivir, surge desde la creencia que una vida ascética pudiese acercar al eterno *espíritu*, tal forma es despreciable.

¡Lo que los atletas de la ascética toman como «experiencias dentro de lo espiritual», es sin excepción alguna, de un carácter inquietante!

O se trata de las reacciones del debilitado cuerpo sobre el *cerebro*, o: el cuerpo maltratado ya es presa de los poderes de los Lémures del mundo *físico* invisible, que no van a soltar por las buenas a su pobre víctima, sino que buscarán «entretenerla» con todo lo posible, para no pueda despertar su capacidad a la autocrítica . . .

Lo que el engañado toma como un experimentar de lo *espiritual*, es una excitación de los nervios, y un poco agradable acontecer fantasmal, causado por seres semi-animalistas, invisibles al ojo terrestre, pero que pertenecen al mundo físico, aun cuando su existencia jamás se deja «comprobar» a través de un ultramicroscopio.

Sobre su accionar y su actividad exigida por su naturaleza, como también sobre su desbordar perverso, causado por el estímulo del lado del ser humano, he dado ya las más francas aclaraciones en mis libros (El Libro del Dios Viviente, cap.10, p.70), en diversos contextos.

Quien crea, que no es necesario advertir sobre esas cosas, no sospecha *cuántos* de sus prójimos se encuentran *colgados* de los abrojos de los invisibles seres *físicos*, de los cuales se trata aquí. -

**Debo** advertir no solo contra el autotortormento ascético del cuerpo terrenal y los peligros psíquicos que resultan, sino también contra otro tipo de autotortormento al cual tienden muchos buscadores.

¡De ningún modo son los más débiles de aquellos aspirantes a la luz, los que, al sobrestimar sus fuerzas, están en el más grande peligro!

Partiendo de tal sobrestimación creen que pueden recorrer su Camino a *grandes saltos*, imaginándose seriamente poder alcanzar la meta en unos pocos meses, para la cual otros necesitaron muchos años, - frecuentemente una vida humana entera.

La impaciencia inquieta de la conciencia del cerebro de saber cuanto antes, como es la sensación del eterno espíritu sustancial, genera una agitación, que solo trae graves *daños* a la vida psíquica y física, pero *jamás* conduce a *aquello* que uno aspira a lograr de una manera atormentada y casi desesperada. -

**Para** este tipo de buscadores, el autotortormento innecesario consiste en un incesante torturar el cerebro, que justamente debe estar en *calma* con una consciente y paciente *voluntad* hacia el espíritu, si uno quisiese andar por el Camino que conduce al «espíritu».

La impaciencia y el anhelo descontrolado, no solo *desvían* del Camino que conduce hacia la meta, sino que fomentan el mismo peligro que existe para el asceta de ser engañado. -

Es cierto que una vez se acuñó la palabra del «Reino de Dios» que solo lo arrebatan aquellos que lo toman con «*violencia*», - pero lo que aquí es denominado como «violencia» solo se deja reconocer correctamente si uno examina comparativamente las palabras de Jacob luchando con el ángel:

«¡No te dejaré, si no me bendices!»

No se habla aquí de «violencia» en el sentido de vencer a alguien, sino de un aferrarse tenazmente, sabiendo al mismo tiempo de la propia debilidad, pequeñez y falta de poder de uno mismo.

Si un buscador se siente tan atado a esa palabra, de manera tal que no logra apartarse de ella, es aconsejable utilizar la «violencia», que él piensa no poder evitar, ante el sometimiento continuo de todos los *impedimentos*, generados por su cerebro, el cual cavila permanentemente sobre lo que le dificulta para alcanzar su meta.

¡Quien, como alumno mío, ha empezado a recorrer el Camino que le muestro hacia su meta, en la manera que le corresponde, debe hacerlo sin *prisa*, *apuro* y *urgencia*!

Con segura confianza debe andar paso tras paso, perseverante y con cuidado, siempre en la manera que le corresponde, tal como él la encontró descrita en mis palabras, eligiéndola en consecuencia, - ya que ese «Camino» no se abandona al alcanzar la meta, como algo que ya no se necesite más, sino que se convierta en una eterna *posesión* espiritual de aquel que llegó a la meta.

Él *necesita* de aquel Camino, ahora «abierto» para *él*, porque ha sido abierto *por* él, para que su eterna conciencia espiritual siga estando unida a aquello que le garantiza la identidad en su vivenciar espiritual y terrenal . . .

¡El «recorrer» el Camino que conduce al espíritu, es un «andar» en el tiempo externo, pero dentro del *propio espacio* interior, espiritual!

Así también la meta se encuentra en el tiempo externo, sin embargo, solo dentro del espacio interior, espiritual. -

Por eso, es inútil buscar *hacia afuera*, y es un error, pensar que la meta se logra con más facilidad en un lugar que en otro.

Pues, la metáfora del «Camino» no fue seleccionada arbitrariamente para el avanzar dentro de uno mismo y durante el recorrido continuo del tiempo externo.



Todos aquellos, enseñando «desde el espíritu», desde tiempos remotos, no hicieron referencia arbitrariamente a aquella analogía.

Aunque el buscador solo puede encontrar su meta dentro del propio espacio interior y espiritual; puede que todavía esté infinitamente *lejos* de su meta en el propio espacio interior. -

Tendrá pues todavía que «*andar*» por *el tiempo externo*, que día tras día le acercará más al día de la consecución.

Son estados perceptibles de la capacidad del sentir, que se juntan uno a otro.

¡Cada estado siguiente está condicionado por el estado anterior que llegó a la conciencia, y ninguno puede ser «saltado» u «omitido»!

**P**or eso un autotormento es innecesario, cuando el buscador está preocupado por su lento avanzar, o muy consciente del hecho que se encuentra todavía al comienzo del Camino, ya que preferiría vivir el día de la consecución cuanto antes.

*Ayuda* saber *donde* uno esté parado, en tanto que la creencia soberbia, de que uno ya ha recorrido la mayor parte del Camino, puede convertirse en una gran desilusión . . .

Algunos, considerándose ser alumnos míos, ya que «conocen» todo lo que he escrito, solo agravan su innecesario autotormento, en cuanto aspiran a acelerar su propia velocidad por medio de todo tipo de literatura filosófica u ocultista de origen muy cuestionable, que no tiene nada que ver con *aquello* que *yo* presento en palabras, ni en dirección, ni tampoco con respecto a la meta, a pesar de que esas *palabras* utilizadas pertenezcan, al mismo tiempo, al vocabulario utilizado por *mí*.

Podría pasar por alto con una sonrisa, como se hace con respecto a un quehacer inútil de niños, los intentos: de «ayudarse» a sí mismo, abrevando de otras fuentes, lo que yo les habría aparentemente privado, - si no hubiese observado, una y otra vez, como ellos complican de esta manera su Camino.

¡**P**or eso debo, si quiero o no, en el interés propio del buscador, recusar claramente cualquier responsabilidad por el resultado del «resabido» collage, de aquello que jamás es fusionable y que en consecuencia conduce al más grave autoengaño!

Él que crea, no obstante, poder avanzar *mejor* por su propia cuenta, en lugar de seguir *puntualmente* mis indicaciones, por las cuales asumí una responsabilidad eterna, es aconsejable que deje mis libros de lado, para por lo menos, no hacerse culpable por su mal uso.

Alguno que se siente alumno mío, aunque mencione lo mío junto a una multitud de escritos irresponsables, podría sacar una enseñanza del hecho de que entre mis alumnos probados y más avanzados en el Camino, no se encuentra ninguno, que con una autodisciplina estricta, no se haya concentrado en seguir mis indicaciones - y *solo* ellas - a fin de dar dirección a su aspirar.

Esto no es sorprendente, es cierto, dado que las enseñanzas, a las que di vestidura en palabras, están probadas desde hace milenios.

Sin embargo, en contra de toda lógica del espíritu, existe la creencia que uno pueda lograr *aún más* de lo que se pudiera lograr por medio de las indicaciones dadas en mis libros, si uno también sigue a la vez las pautas de cualquier opinar y suponer humano . . .

DIFICULTADES  
INEVITABLES

Toda comunicación humana que no provenga de ámbitos accesibles a todos, debe contar en si con dificultades de transmisión, como también con dificultades en la capacidad de comprensión del receptor.

Estas dificultades se amplifican cuando se trata de informes sobre experiencias que son *distintas* a lo que normalmente se pueda experimentar, así que una comparación directa queda casi excluida y solo se hace posible a través de la circunlocución, imágenes y la parábola.

Sin ninguna duda, todas estas dificultades existen, respecto a aquello que vengo a decir.

Si mi obra de enseñanza espiritual, solo hubiera sido escrita para los pueblos asiáticos, para quienes los términos, que debería presuponer, están *vivos* desde hace milenios, si no es que pertenecen aun a la herencia originaria de la raza, entonces mi deber y tarea hubiera sido más fácil, pero de ninguna manera hubieran sido solucionadas todas las dificultades.

Las dificultades solo *cambiarían*, por lo que aquellas personas con concepciones erróneas respecto a mis palabras, se verían justificadas de encontrar la supuesta confirmación a mis palabras, en *otros* sistemas religiosos y filosóficos.

Las personas, de las cuales tengo que hablar, como de mis «hermanos» espirituales, que viven todos en *Asia*, aunque no *todos* son *arios* asiáticos, saben muy bien y considerarían como un *sacrificio* que no brindaría los frutos correspondientes, si ellos *intentasen* presentarse ante sus pueblos con la misma enseñanza.

Incluso piensan de que es mucho más probable que la proclamación efectuada por mí pueda llegar a su tierra natal *desde Europa* a fin de alcanzar en un radio más amplio a las almas maduras para ella. Sería muy difícil para un asiático evitar todos los *errores* referente a conceptos religiosos e *interpretaciones* grotescas basadas en *supersticiones* en busca de milagros, que resultarían después de una autorevelación, si se quisiese decir lo mismo que tengo que presentar en mis libros.

**Dado** que existen tales obstáculos, incluso *ahí*, donde innumerables personas desde hace milenios, asentadas en países de ámbito continental, tienen *conocimientos* de cosas gracias a comunicaciones heredadas y a alumnados autologrados, enseñanza que busco presentar a la cultura europea de manera entendible en mis libros, - cuánto más debe contar la enseñanza difundida por mí con considerables dificultades en la parte *occidental* del globo.

Pues, de ninguna manera considero estas dificultades «insuperables» aunque debo confesar, que si así fuese, no me libraría de mi encargo de enseñanza, incluso si viese mi obra de enseñanza con pesimismo y si dudase de la posibilidad de su realización.

Yo también seguramente experimentaría, - si no *fuese* aquel quien *soy*, sin intervención propia terrenal, - grandes dificultades dentro de mí, si me encontrase sin preparación alguna y atado a antiguas *suposiciones-a-priori* de origen religioso y filosófico, frente a la obra de enseñanza que porta mi nombre.

¡Nadie debe creer que yo no podría entender que difícil se le hace a una persona del mundo occidental en estos días - llena de conocimientos de las causas, supuestamente infalibles, de todo acontecer, - de «tomar en serio» todo aquello que tengo que decirle!

Ya que yo mismo soy un ser humano de esta época transitoria, que conoce a sus sectores formativas, sus formas del pensar científico, sus verdaderos méritos y sus ambiciones demasiado seguras, a las que se acogen, - no lo puedo negar - el hecho de que yo también puedo, como consecuencia de los órganos *espirituales* activos dentro de mí, percibir contextos y circunstancias, *no* perceptibles para cualquiera, aun cuando ellos estén seguros de que nada se les pueda ocultar ante su ojo clínico.

Así, sé muy bien que *dificultades* tendría que superar el europeo o también el americano si realmente quiere comprender aquello que es *ofrecido* en mis libros de enseñanza; pero verdaderamente *no pensado* primeramente por mí mismo, sino encontrado en el eterno espíritu, accesible desde los comienzos del ser humano en este planeta, a todos los que son de mi forma de ser.

Que aquellos solo fueron *muy pocos* en cada época, es consecuencia de la necesidad exigida por el espíritu.

Pero las bóvedas craneales de las cabezas humanas no forman, de ninguna manera, un aislamiento hermético contra las oscilaciones externas perceptibles por el cerebro, - y las fuerzas desde las cuales se conforma el alma orgánicamente, jamás se dejan aislar completamente, como si fuesen inaccesibles al omni-consciente, omni-sensible y omni-viviente en el inconmensurable mar de las *libres* fuerzas del alma.

Por eso, cada ser humano *conoce* mucho más de lo que él sabe, aunque aquello que es «conocido» y mencionado aquí, primero necesite de un llamado, para llegar a ser consciente, - sea que este «llamado» fuese una palabra, una cosa visible, o una vivencia interna.

Y de esta manera, un alma no mutilada, «conoce» mucho más de aquello que le brindo, que lo que pueda suponer una persona solo intelectualmente iluminada . . .

A fin de evitar posibles *errores*, debo enfatizar que los términos del «*inconsciente*» de aquello que se encuentra bajo el «umbral de lo consciente», o también de la «*consciencia colectiva*», bien conocidas actualmente, gracias a la popularización del psicoanálisis y sus ramas cercanas, de ninguna manera corresponden a aquello mencionado aquí por mí.

Aquí no se trata tampoco de algo que fuera una vez accesible al cerebro y luego *extraviado*, sino se trata de algo conocido por el *alma* eterna, que *aún no* fue comprendido por la consciencia cerebral.

Para minimizar el peligro de verse apresado de ideas erróneas, aconsejo dejar tranquilamente mi manera de explicar algo experimentado *por si*, y prescindir de adaptar aquello presentado por mí a una terminología científica que siempre cambia el significado del término.

Si bien soy capaz de adaptarme a una terminología tal, me siento más cómodo permitiéndome la libertad de elegir aquellas palabras, como medio de comunicación, según su utilidad *sentida por mi* y de agregarlas a las mías, despreocupándome por su valor convencional.

Ya se pueden eliminar algunas dificultades del Camino, cuando se entiende con respecto a lo caracterizado por mí, que cuento en *primer* lugar con aquello ya «conocido» por el alma, como factor de comunicación, si bien no comprendido aún por el cerebro.

Si el lector de mis libros - por ahora - puede resistirse al petulante ensalzamiento de la razón, tan «segura» de sí misma, para que aquello «conocido» del alma, pero aún no comprendido por la consciencia cerebral, *pueda* ser evocado, entonces él mismo se habrá abierto el acceso, a fin de acceder al Camino que conduce «al espíritu», tal como lo advierten mis palabras y como ellas enseñan a recorrerlo.

Entonces, difícilmente se va a encontrar con «complicaciones» en particular, siempre y cuando realmente tenga la *perseverancia* que es el requisito indispensable para todos aquellos que quieran aprender a andar por el Camino hacia el espíritu.

Es cierto que todo lo que tengo que decir debe ser aceptado con fe, hasta que el alumno haya logrado, él mismo, las percepciones interiores que le *permiten* emitir un juicio.

Es cierto, que el buscador, debe en su propio interés, aclararse a su manera, lo que le acerco por medio de mis indicaciones, y no debe *mezclarlo* con *otras* indicaciones - no importa de qué fuentes provengan.

Y aunque incluso provengan las indicaciones, sin duda alguna, de las personas más puras y sublimes, el alumno que quiera llegar a su *propia* percepción, las deberá dejar de lado por el momento, para que la observación de mis indicaciones le sea útil.

Solo cuando él mismo *logre*, aquello que le es posible lograr, podrán los sabios consejos que él encuentra en la mística *medieval* y con distinta coloración en la mística *oriental*, revelársele a él en su verdadera profundidad.

Al mismo tiempo, él también reconocerá entonces los numerosos *errores* que se introdujeron inconscientemente entre estas representaciones de la verdad, y no deberá temer, aun con todo el respeto ante los testimonios espirituales, *separar* la sospechosa «paja» del «grano» vivo. -

*Hasta* que él haya llegado a ese punto, lo mejor será para él olvidarse de momento de todas aquellas otras indicaciones.

¡Evidentemente, él debe dejar de lado y *para siempre*, las recetas de los nuevos mistagogos para el desarrollo espiritual!

Si bien, en nombre de aquello que he escrito, debo exigir un cierto nivel de confianza, hasta que el alumno tenga la capacidad propia para emitir un juicio, no se exige aquí, de ninguna manera una «fe», en el sentido de una decisión definitiva, sino tan solo la misma *confianza* que se le tiene, por ejemplo, a un capitán de barco, donde uno presupone sin preocupaciones que él conoce las vías marítimas, a fin de llevar a sus pasajeros a puerto seguro, - o a un responsable guía de montaña, que sabe muy bien, que la vida del turista depende de su conocimiento y de su certero juicio sobre el camino.

Así, como uno concede al guía de montaña el derecho a dar consejos acerca del mejor comportamiento en la escalada sobre las rocas, o en el paso por dificultosos glaciares - así, y no de otra manera, mi alumno debe entender los consejos que él encuentra en mis libros.

¡Sé de los *peligros* en su Camino, y sé aconsejarle como *superarlos*!

En cambio, nada me es mas ajeno que la exigencia de una ciega «obediencia», que no me concedería ningún derecho, ni podría considerar desde perspectiva alguna, en el interés del alumno, o por lo menos, deseable.

En la medida de lo *posible*, el alumno debe saber, o por lo menos poder imaginar, lo que puede esperar, y *por qué* le he dado este o aquel consejo, - y además *por qué* se le advierte de un peligro.

Mucho de lo que está escrito en mis libros, me *ha requerido de mucho esfuerzo* escribirlo; porque me he exigido contar en pocas palabras lo que he sufrido, vivido y recibido, que sobrepasa infinitamente todo lo que se pueda experimentar, sufrir y recibir en la Tierra, ya que para acercarme al *recuerdo* de aquello, debí prepararme dignamente . . .

¡Me hubiera podido *evitar* toda necesaria «incomodidad» para presentar tan solo *una* de las frases que señalo, si hubiera podido cumplir con la obligación espiritual, al facilitarle al buscador un vistazo «estereoscópico» y plástico de los procesos espirituales, de otro modo!

Todas estas cosas le son ofrecidas al lector de mis libros, ya que *no* debe seguir las indicaciones con una mera confianza ciega, sino *con libre juicio ante su conciencia*, después que le fuera dada la posibilidad de comprender, al menos en la imaginación, los contextos espirituales, en los cuales están basadas mis indicaciones.

¡Debo insistir férreamente, que el buscador en su juicio, *solo parte del contenido textual de mis libros*, debiendo dejar completamente inadvertida a mi persona externa!

¡Si él quiere ser mi alumno, debe saber que me presento a él *sin reserva alguna* en mis textos de enseñanza, y que solamente es «*mi*» alumno en el sentido que sea capaz de ser *alumno de estos textos de enseñanza*, cuya verdad absoluta, como representación de la realidad sustancial y espiritual, jamás podría ser derribada, *si* estos libros *no* fuesen escritos desde una profunda *responsabilidad* espiritual, por alguien con *sus facultades mentales* intactas, - sino, - de ser eso *posible* - por un *bufón!* - -

¡Cuando digo: «*espiritual-sustancial*» ruego se tenga en cuenta, que en todo lugar, donde hablo del espíritu *sustancial*, - a diferencia del término espiritual que se refiere a la *razón* humana y a las manifestaciones de los *movimientos cerebrales* - quiero que se entienda bajo la palabra «sustancia» espiritual aquello que es lo *más real*: - la plenitud de todas las fuerzas del Ser Primordial!

Esa «sustancia»-espiritual no es nada rígida, sino es lo *más libre* en sí misma, por nada impedida, *eternamente móvil en movimiento permanente*.



Esa sustancia no es «creada», sino, - *sin* acto de voluntad especial, - *dada* por la mera *existencia* del «*Ser Primordial*», como llamo a lo más interno de aquello que «*es*», si quisiera denominarlo.

Incluso las fuerzas *más sutiles* del Universo, apenas intuitas por genios teóricos de la física, solo pueden ser entendidas como una especie de «efecto de inducción» de la «sustancia» espiritual a la cual me refiero, mientras que las manifestaciones de fuerzas terrenales mas «groseras», como todo lo que llamamos fenómenos eléctricos o magnéticos - para dar un ejemplo - son, en cierto modo, *efectos reflejos* de aquello, que yo denomino «efecto de inducción», - en evocación al carrete de inducción, donde se produce una corriente eléctrica causada *indirectamente* . . .

Me es imposible ser más claro aquí, si bien tengo ocasión de creer, que la futura investigación científica, va a llegar a resultados comprobables, que pueda introducir aquello, que yo apenas logro explicar, en un nuevo, extenso sector de investigación.

Pues el verdadero *llegar-a-ser-consciente* dentro de la sustancia del eterno espíritu, está *fuera* de toda ciencia, y aun los más grandes y sublimes resultados científicos *jamás* podrán acercarse a uno a la propia *vivencia* del espíritu sustancial.

¡Se entiende entonces, que el buscador, que quiera entrar «en el espíritu», necesita aparte del interpretador y preparador del Camino que soy con mis palabras de enseñanza, - también *otra* ayuda, recién cuando él, casi sobre-instruido, se encuentre por el Camino!

Pues, uno está entonces asegurada esa ayuda, y para recibirla se exige solo la actitud de confianza de alguien que, de antemano, estará agradecido.

¡Al *ser humano* ningún «dios» puede ayudarlo sin intermediario, sino solo puede hacerlo un *ser humano* mismo, y cuando se *trata* de ayuda «divina»: - solo aquel ser humano que ha devenido transformador de fuerzas espirituales!

La ayuda espiritual que luego le llega al ser humano, está *adaptada* a su capacidad de recibirla, y *continúa* siendo adaptada hasta que él mismo pueda experimentar lo eterno espiritual en su organismo espiritual despertado de su latencia, - tanto si el proceso necesario para esto puede ser completado ya durante la vivencia terrenal del cuerpo, o - como en la mayoría de los casos - solo comienza aquí, para llegar a su cumplimiento en estados de vivencia post-terrenales.

Existen *innumerables* niveles de desarrollo, y lo mismo se aplica a la única *verdadera* experiencia de Dios que el ser humano pueda experimentar: - la experiencia de su Dios «viviente» en su propio alma. - -

Esa única experiencia de Dios, verdaderamente «real» («Dios» no solo es «espíritu», sino, hablando comparativamente: la autocreación más sutil del espíritu.) de ninguna manera es de alcanzar recién después del *desarrollo* del organismo espiritual-sustancial, si bien él debe haber sido efectivamente «despertado», para que ya haya una consciencia definida de la identidad del «Yo» (como la forma de vivencia singular de todas las Regiones eternas) en el alma.

¡El ser humano, quien realmente haya tenido tal experiencia, si verdaderamente la ha *tenido*, no *pregunta* más, y no *puede* preguntar más, si él solo está preso de un autoengaño, ya que aquello que experimenta, irradia su forma del Yo con la *más segura e inexpugnable certeza*, que existe en el tiempo y en la eternidad!

Pero aquel que se encuentre, aunque sea solo en sus inevitables y más oscuros momentos, todavía frente a la *pregunta*, si es que su sublime vivencia fue algo *real*, puede estar seguro que él mismo, por lo pronto, «fomentó» esa experiencia, y así quedó atrapado en una de las tantas trampas del autoengaño, de las cuales debe librarse cuanto antes, si es que quiere alcanzar un día, la *verdadera* vivencia de su Dios viviente . . .

Ese único *posible* vivenciar real de Dios, tampoco es un atropello al alma con la obligación de experimentar algo que no pueda soportar, sino que cuando ello acontezca, estará adaptado a la correspondiente particularidad de la persona.

Por eso, está dicho en mis palabras de enseñanza: que cada uno solo puede experimentar *su* propio Dios viviente, y que *jamás* puede, ni aquí en la Tierra, ni en toda eternidad, mostrárselo a su hermano.

¡Cualquier intento de obtener «*por la fuerza*» aquella vivencia, *deberá* conducir al autoengaño!

Si uno, para explicitar, emplea la muchas veces mal usada (y por eso casi nunca utilizada por mi) palabra: «*Gracia*», entendiéndola en el sentido que ella significa una *dicha* para la cual uno habría *cumplido con las condiciones requeridas*, por lo cual esa dicha *debe* producirse necesariamente, donde *ninguna* voluntad, aunque sea de origen *divino*, *pueda* detenerla, - uno se acerca en verdad por mucho al entendimiento de aquel experimentar . . .

Si uno lo experimenta *una vez*, siempre *de nuevo* o *continuamente*, solo dependerá de él mismo: - de su particularidad del alma; pero todo aquel, que lo haya experimentado en la manera posible para él, entrará en una nueva vida, una renovación que solo podrá ser *experimentada* pero jamás expresada en palabras.

# FE DINÁMICA

Es de perogrullo considerar que cualquier empeño humano solo vaya a tener *éxito*, estando detrás del éxito la *fe* en la *posibilidad*, o más aún, la fe en la *certeza* del éxito.

Él que no lo haya experimentado *por él mismo* - y serán *pocos* los que *no* tuvieron que experimentarlo frecuentemente - no tendrá que buscar mucho a su alrededor, a fin de encontrar personas que le sirvan como *ejemplo* y *contraejemplo*.

El talento más grande y prometedor falla y no alcanza su meta, ya que carece de *fe* en su propia fuerza, mientras que el menos dotado, camina de un éxito al otro, conducido por la *fe* en sus capacidades . . .

Cuántas veces fue llevada una idea a la victoria solo después de la muerte de su creador, el cual se desangró en el intento de realizarla, por naturalezas poco creativas, quienes, sin embargo, poseyeron la *fe*, de la que el infructuoso careció a pesar de todo su afán. - -

Aunque tal experiencia se logre fácilmente, uno puede, sin embargo, toparse con incontables personas por todos los caminos, que persiguen con toda tenacidad una meta, mientras que al mismo tiempo, apenas ellos *creen* poder *alcanzarla*.

No es sorprendente entonces, que así, solo unos pocos lleguen a *aquella* meta, hacia la cual yo indico el Camino en todos mis libros, la meta alcanzable para todos aquellos que llevan dentro de sí la *fe*: - la *fe* en *sí mismos*!?! -

El proverbio expresa verdad, cuando dice:

«¡Ayúdate a ti mismo y Dios te ayudará!»

Aquí no se pone *en duda* la ayuda divina, sino se muestra la *condición* que hay que cumplir, a fin de facilitar la ayuda divina. - -

Así, toda supuesta «creencia en Dios» solo es un *autoengaño*, si no es justificada por una inquebrantable *creencia en sí mismo*.

¡Pues, la *fe* es *voluntad*, y aquellos no saben nada de la «fe», si no la conocen como una forma de *voluntad*!

Aquí no hay que caer en el error de valorar el acariciado *deseo* egoísta como «voluntad». -

Puede ser que el uso común del idioma hable de la «voluntad», donde solo un deseo indómito aspira a una meta, mientras que la *voluntad* que podría *alcanzarla* duerme profundamente.

Cuando se dice: «La fe es voluntad», también se debe decir: - La *voluntad*, exigida *aquí*, no es otra cosa que *la fuerza suprema de la «imaginación»*, a través de la cual el ser humano *confecciona* la forma de su destino en su interior, sea con respecto a su existencia *externa*, o en vista a la consecución de su más alta meta en el mundo *espiritual*. - -

Esto ya se sabe desde hace mucho tiempo, en cuanto se trata de curar enfermedades del *cuerpo*, y en este sentido los médicos inteligentes buscan ante todo, liberando en el enfermo la *voluntad* hacia la curación de las ataduras que él mismo se forjó.

Sea que las curaciones «milagrosas» le dieron gran fama al *Santuario de Asclepio en Epidauro*, sea que hoy día *Lourdes* tiene la misma reputación para sus creyentes: - en ambos casos el agente «obrador de milagros» es el estímulo de la *voluntad* hacia la sanación, la activación de la *imaginación* y la *fe* en la *posibilidad* de sanación, aun cuando solo cumpla con la condición previa, a fin de liberar el camino para fuerzas de *otra* clase. - -

En todos los tiempos se conoció, no solo de *lugares «sagrados»*, en donde los enfermos encontraban la sanación, sino también de *personas* capaces de curar, cuando pociones y mixturas nada habían logrado, pues también muchas veces, la muy bendita eficacia de aquellas *personas* hizo el «milagro», en cuanto ellas mismas lograron despertar la verdadera *fe dinámica* en el enfermo, la fe, que constituye la «*voluntad*» hacia la sanación, que reemplaza el cuadro de la enfermedad con él de la *salud*, como antes la misma voluntad - solo mal guiada - creó él de la enfermedad.

Es cierto que en *ninguna* época fue posible curar *cualquier* enfermedad de esta manera, y entusiastas pasan fácilmente por alto, que *sanadores* humanos, como también aquellos «*lugares de gracia*» de *piadosos creyentes*, debían dejar ir a muchos enfermos atormentados, *sin haber sido curados*, o a lo mejor solo *aparentemente*. -

Pero solo la necesidad va a querer negar, que el poder de la *fe* es capaz de ejercer una influencia sorprendente sobre el cuerpo de un ser humano. -

Lo que la fe dinámica es capaz de lograr, cuando se trata de influir en lo *corporal*, es *superado*, en mucho, por los resultados que una fe bien guiada, puede generar en el *organismo invisible del espíritu*.

Así, como el *enfermo en el cuerpo*, cuya enfermedad es de una categoría que pueda ser curada por medio de la fe, debe erigir la imagen de la *salud* dentro de sí, es decir, desde la misma fuerza, por

medio de la cual, él erigió hasta ahora, la imagen de la enfermedad dentro de sí, por lo que también el buscador, que quiera alcanzar *su más alta meta en el Reino del espíritu*, debe crear, desde la fuerza de la *fe* dentro de sí, *la forma espiritual*, en la cual él quisiera convertirse . . .

¡Jamás ocurrió que aun el *deseo* más ardiente, haya permitido a un *buscador* convertirse en aquel que *encuentra* el Reino del espíritu!

También aquí la *posibilidad* del encontrar debe haber devenido en *certeza*, antes de que la alta meta pueda ser alcanzada.

*La fe en sí misma* es la única efectiva *voluntad hacia Dios*, y solo aquella voluntad formadora erige la «imagen de aquello que debe llegar a ser», en el interior del buscador. -

Según aquella imagen, el invisible organismo espiritual del buscador se transformará de tal manera que sea cada vez más *capaz* de llegar a encontrar.

Una *enseñanza equivocada* y una extremada *carencia de confianza en sí mismo* guiaron mal la fe de la mayoría, ya que erigieron en su propio interior una imagen de sí mismo, de alguien, quien por su naturaleza, está *excluido* de la más alta y segura percepción espiritual; por lo tanto, una fe *bien-guiada* deberá reemplazar la imagen errónea con la imagen del que tiene *vocación - la vocación de unión con Dios!* -

¡La confianza y seguridad, de que su más alta meta es *alcanzable* para él, debe estar viva en él, si quisiera acercarse verdaderamente al Reino sustancial y puro del espíritu!

¡Toda *timidez* es errónea, ya que la salvación eterna *no* se deja alcanzar «con miedo y temblor» aun cuando se les ha concedido mucha importancia desde hace milenios a aquellas palabras infinitamente alejadas de toda realidad aquí en la Tierra!

¡Así incontables son los que han *buscado* toda su vida sin poder encontrar, solo porque confiaron en aquellas palabras equivocadas, reprimiendo toda *autoconfianza* dentro de sí!

Pues, sin esta *fe*, de la cual estoy hablando aquí, no le es posible a ningún ser humano *entrar en el espíritu* nuevamente. Y esta *fe* dinámica solo puede ser activada correctamente, si ella encuentra al ser humano con una *inalterable confianza hacia sí mismo* - confiando que él es capaz de alcanzar su alta meta *espiritual*.

Toda elevada ayuda espiritual, continuamente ofrecida al ser humano, para que remplace lo que a él aún le falta, cuando estando en la oscuridad terrenal, decida andar por el Camino hacia la luz, queda completamente *sin poder*, en tanto ella no encuentre en él activada *la confianza hacia sí mismo*. -

Solo quien confía en *sí mismo*, es también capaz de confiar en la alta *ayuda*, de la cual no habrá de carecer en su empinado Camino hacia las alturas. -

¡Solo quien confía en *sí mismo*, es *capaz* de tener una fe dinámica y la *voluntad* hacia su redención liberándose del mero *deseo*!

Con respecto a todas mis indicaciones y recomendaciones, presupongo en mi alumno tenga aquel *Si, a sí mismo*, a pesar de todos los errores y faltas, sobre los cuales debe necesariamente conocer.

En muchas partes de mis libros, está muy claramente indicado, que el ser humano debe tener primero la certeza de que él *proviene* del eterno espíritu sustancial, antes de que pueda esperar poder *entrar* «en el espíritu» nuevamente.

Al buscador, no le es *posible*, aun con la mejor intención, utilizar las indicaciones dadas por mí, mientras que todavía no haya establecido una firme fe hacia sí mismo y su eterna espiritualidad.

Pues, esta fe no debe ser una creencia de que algo existe o no, o una mera suposición.

Solo la fe *dinámica*: - esa fe que *es* fuerza y que *genera* fuerza desde sí mismo, - puede otorgar la *seguridad* interna, que necesita cada uno que quiera recorrer el Camino hacia el espíritu.

En cambio, el «creer» en ciertas *imágenes* mentales - sean que correspondan a la realidad o no - es más un impedimento que una ayuda. -

No trato de representar en palabras los mundos ajenos al ojo terrenal a fin de ayudar a crear imágenes mentales en el cerebro del alumno, sino para tender un puente hacia el entendimiento preliminar de los requerimientos, que, en interés del buscador, tengo que exigir a su voluntad activa.

Donde se crea haber encontrado «*contradicciones*» en tales representaciones - lo que a veces no es difícil, - debe uno dejarlo en suspenso por el momento, hasta que la propia fe *dinámica* le enseñe a deshacer la aparente contradicción.

La fe *dinámica* se protege *a sí misma* y jamás podrá ser perturbada por una malinterpretación de una imagen en palabras.

EL PEOR  
OBSTÁCULO



¡El peor obstáculo en su Camino interior no es para el buscador un escepticismo hipertrofiado, siempre dispuesto a dudar apresuradamente, sino el *miedo* que lo asecha mediante múltiples máscaras!

Incluso el supuesto escepticismo es miedo, buscando en la mayoría de los casos, esconderse detrás del abrigo de la insistente duda.

*Miedo* de caer en un error, o algo aún peor, - *miedo* de tener que revisar su propio concepto del mundo - y finalmente, *miedo* de que los otros se burlen de uno.

Los seres humanos se refieren a propósitos grandes y notables con respecto a su accionar, mientras que detrás de ellos solo se esconde algún tipo de *miedo*.

O se ocultan del miedo detrás de pretextos, mediante palabras vacías, para no tener que reconocerlo.

¡Existen en el mundo más víctimas del *miedo*, que víctimas humanas de alguna epidemia!

Así, no es sorprendente, que también el buscador, en busca de sí mismo y de su *Dios viviente*, esté acosado por el miedo en sus múltiples manifestaciones, experimentando fuertes obstrucciones por causa de él.

No será tan fácil para todos vencer completamente el miedo, - pero es más fácil *detectar* el miedo detrás de todas las *máscaras* que tan bien lo ocultan . . .

El buscador estaría bien aconsejado entonces, de examinar cuidadosamente, si detrás de aquello, que él considera sus motivos e intenciones, no se oculta algún tipo de *miedo*.

Pero si pasa por alto solo *una* de esas máscaras, tendrá al enemigo «en casa» permanentemente, por así decirlo, y será incapaz de expulsarlo, ya que no lo *reconocerá* como tal.

El miedo es responsable de enorme estupidez y crueldad en el mundo, más de lo que los miedosos sospechan o quieren admitir. -

¡No importa donde se mire, ya que en incontables casos, detrás de las decisiones de los seres humanos se halla el *miedo*!

Por miedo a esto y aquello, - por miedo a mil cosas, - miedo tras las máscaras mas engañosas.

Así el miedo atormenta al buscador sobre todo como «*miedo de la conciencia*», y así no puede concebir que *a pesar* de sus errores y faltas, el acceso al eterno espíritu esté abierto para él.

¡Pero el «miedo de la conciencia», no siempre tiene algo que ver con la *conciencia*!

El «miedo de la conciencia» solo tiene demasiados «escrúpulos» con que la escrupulosidad jamás hubiese abrumado al ser humano. -

**D**urante aquellas necesidades temporales, se aconseja al buscador de que pase *por alto* su desarrollo interno por un tiempo, y de no ocuparse de ninguna manera *consigo mismo*, hasta que logre *vencer* el *miedo* ostensible u oculto, logrando como resultado que el miedo lo abandone.

¡Él no va a *perder* nada en absoluto de esta manera, pues: - jamás puede resultar algo *bueno* del miedo!

Una vez que el miedo le dejó, - no importa en qué forma se le acercó a él, - se va a dar cuenta que su desarrollo de ninguna manera fue interrumpido en el tiempo de espera autoimpuesto.

¡El miedo existe solo, cuando surge la falta de confianza en el propio derecho de ser, - pues, en tiempos de tal falta de confianza hacia sí mismo, uno no debe trabajar en sí mismo!

¡En vano uno exploraría el mundo entero, a fin de encontrar alguna acción fomentadora que surgió del *miedo obsesionado*!

Ahí, donde se pretende que algo bueno surgió a partir de algún *miedo*, solo está presente una negligencia, ya que se ignoró que lo bueno más adelante conseguido, de ninguna manera recibió su fuerza del mismo miedo, sino que ésta surgió súbitamente en el momento que superó el miedo.

El miedo es *peor aún* que el mero “temor”, ya que cierra todos los huecos, a través de los cuales el *valor* podría encontrar el acceso, del cual el temor solo se olvida, a fin de llamarlo con nuevas fuerzas, en el momento del recordar.

¡Pues, el *miedo* requiere de ningún valor! -

El ser humano angustiado considera el llamado: a desechar su falta de valor como una interferencia hostil hacia sus supuestos derechos.

El miedo es como un estado de autohipnosis, del cual solo existe un rápido despertar, cuando en un momento dado, libre del miedo, este es “ordenado”.

La persona fácilmente afectada por el miedo, debe con frecuencia darse tal orden.

Pues el alumno en lo espiritual, cuestionaría todo el éxito de su trabajo sobre sí mismo, si se permitiese tener estados de miedo en su interior.

Una y otra vez él debe convencerse, que de hecho, *no existe nada* a lo cual deba tener miedo.

Mientras que su voluntad no reniegue de su elevada aspiración, siempre tendrá cerca también a los elevados ayudantes, que aumentarán al máximo su defensa con sus propias fuerzas.

Una vez, que el buscador haya *superado* su miedo, él va a descubrir continuamente, que todo su «angustiar» solo fue causado por su autocreado espectro.

¡Muchas personas se han *quitado* la vida, sin realmente quererlo, por medio de tal autocreada amenaza dispersando así todas sus fuerzas!

*La muerte* como resultado del mero *miedo*, es menos rara que lo normalmente sospechado.

El miedo no es nada que exista *fuera* de nosotros, sino que recibe todo su potencial solo por medio del ser humano.

¡El miedo evidentemente no es algo «espiritual», y tampoco algo del «alma», si bien se ha acuñado el término «temor del alma»!

Ese «temor del alma», como todo otro tipo de miedo, *reconocible* o *disfrazado*, no es otra cosa que una especie de «estremecimiento» de ciertos *nervios* superfinos, causado por la retroactividad de ciertas *imágenes mentales* sobre la actividad cerebral: - por lo tanto es un trastorno que *solo* ocurre en el *cuerpo físico* y en la *conciencia cerebral* puramente física. -

¡El hecho de que las *imágenes mentales*, cuya retroactividad provoca el estremecimiento del miedo, puedan surgir del campo *espiritual* o del *alma*, como también del mundo *físico-sensorio*, no debe conducir a uno a *proyectar* el fenómeno del miedo sobre zonas del alma o aun del espíritu!

El *combate* del miedo solo será exitoso, cuando las activas *imágenes mentales* causadas por el miedo, estén reconocidas claramente en cada caso correspondiente, y cuando los *elementos causantes del miedo* de las imágenes mentales sean llevados a la descomposición por medio de su sobria observación.

Ya que esas imágenes mentales no solo varían entre los distintos seres humanos vulnerables al miedo, sino que como también pueden cambiar frecuentemente entre sí, es aconsejable darse con frecuencia esa orden cerebral arriba mencionada de «despertar» del estremecimiento del miedo.

*Luego*, es muy importante, aislar mentalmente la imagen mental causante del miedo a fin de analizarla con respecto a sus elementos desencadenantes del miedo.

Una vez se hayan detectado estos elementos, se dejarán *disolver* fácilmente por el pensar y luego no tendrán ya mayor efecto.

Aquí no quiero discutir cosas que conciernen al *médico*, sino solo quiero darle a mi alumno indicaciones de como él puede remover de su Camino el peor obstáculo a su desarrollo interno.

Eso es tanto más necesario, ya que aun los más valientes en la vida externa, caen en ocasiones en los más sorprendentes y ocultos estados del miedo, después de haber comenzado a trabajar seriamente en el desarrollo de su organismo espiritual.

Esto se explica, cuando uno se da cuenta, que hay mucha gente acostumbrada a entrenar su *cuerpo físico* de distintas maneras, otros buscando conseguir el más alto rendimiento de su *cerebro*, y aún otros cuidando su *sentir del alma*, - así que, para la mayoría, el propio *organismo sustancial-espiritual*, - evitado instintivamente por la criatura terrenal, - permanece completamente en un estado de latencia, representando así una Región «misteriosa» completamente desconocida para la conciencia cerebral.

Lo desconocido y inexplorado, constituye, sin embargo, siempre lo más *indefinido*, y por tanto, el escenario *preferente* para toda clase de imágenes horribles de la fantasía humana causadas por el miedo.

Si tales imágenes horribles creadas a partir de los recuerdos que quedaron en el cerebro de *historias infantiles*, de creídas *afirmaciones del sistema religioso heredado*, y de las imaginaciones de autoinculpación cometida, supuesta o real, - no estén por completo desterradas, apenas será posible continuar con resolución en el Camino interior que conduce «hacia el espíritu».

Por eso el buscador tiene la obligación diaria de examinar repetidamente los motivos *reales* de su pensar, hablar y actuar, para así *reconocer* poco a poco el *miedo* en todos sus disfraces y para expulsarlo de sus escondrijos.

Esto es el control verdaderamente *fomentador* de la vida interna que ayuda mucho más que todo «análisis de conciencia», buscando cada partícula de «culpabilidad», sea verdadera o imaginada, convirtiéndose entonces para las naturalezas *más concienzudas*, específicamente en una suerte de maldición . . .

EL ALUMNO  
Y  
SUS COMPAÑEROS

¡El verdadero alumnado espiritual no tolera la *ambición*!

Mientras que en todas las otras actividades humanas, la aspiración de saber *más*, de ser *más* capaz que otros, puede hacer *avanzar* a una persona, sin embargo, en lo *espiritual*, aun el más silencioso deseo de *adelantarse* a sus condiscípulos y compañeros tiene un efecto *retardante*.

Incluso un impulso de *envidia*, que no sea *combatido* en el momento y *apagado* para siempre, va a *estancar* todo el crecimiento espiritual - no importa cuánto el alumno se ha de esforzar de ahí en adelante . . .

Solo en el momento en que él haya *eliminado* en sí mismo *los últimos vestigios* de envidia, podrá esperar realmente avanzar de nuevo.

En estas cosas no existe ninguna «excepción»: - ninguna posición particular para nadie, - sea que ocupe el lugar más augusto, sea que se preocupe por toda la humanidad de la manera más admirable. -

Lo que repercute con tal implacabilidad, es la «ley» espiritual, inherente en toda vida espiritual, proveniente y inseparable de ella, que no tiene que temer por ningún transgresor por toda la eternidad.

Absolutamente nada, *ni lo más mínimo*, jamás *puede suceder* en el ámbito del acontecer espiritual - hasta su periferia más externa - que *no* correspondiese a esta ley, que es una *determinación* inherente e integrante del eterno espíritu sustancial.

Para la «ley» propia del eterno espíritu sustancial, referida aquí, solo vale *aquello* que en el ser humano sea del *espíritu*.

Si aquello, que es «del espíritu» en él, ya está despierto en su *conciencia*, será importante para el *ser humano*, pero jamás para el *espíritu*, al cual pertenece, aun cuando *no* sea percibido dentro de la conciencia humana.

¡Uno no debe dejarse engañar por las poco realistas ensoñaciones nostálgicas, a lo sumo les son permitidas a los poetas, de una deidad experimentando el *sufrimiento* humano como *suyo*, esperando su propia redención del ser humano!

En realidad las cosas son bastantes diferentes . . .

El alumno debe estar siempre consciente de aquello que yo busco decir acerca de nuestro *eterno origen del ser*, aun cuando precisamente en *este* querer-decir uno tiene que sentir y aceptar la *dolorosa* insuficiencia de todas las palabras humanas comparadas con cualquier *otro* intento de representación . . .

Tan por encima de toda comprensión que pueda estar *aquello* de lo cual nuevamente trato en mis libros, no obstante siempre será importante que el impulso del ser humano a crearse sobre todo *imágenes mentales*, no carezca de alusiones e indicaciones.

Aquí estoy hablando con vivo respeto, de la más *sublime tríada* que denomino: *Ser Primordial, Luz Primordial y Verbo Primordial*, - de su *autorepresentación* que busco representar en palabras humanas en la tríada: *Luz Primordial, Verbo Primordial, Ser Humano-Espiritual Primordial*, - y muestro como aquello, que intento denominar, lleno de estremecedora adoración, como «Ser Humano-Espiritual Primordial, es «Padre» - y al mismo tiempo «Madre»: - de la *trinidad* del ser humano, *espiritual, emocional y racional* . . .

Trato de mostrar así como el verdadero «*ser humano*» alcanza y toca el corazón de la *Deidad*, que se manifiesta tangiblemente como su *Dios «viviente»* unido a él en forma *individual* . . .

En consecuencia debo finalmente explicar, que hay que entender que aquello que lleva el término «ser humano» en la Tierra, no es *el ser humano eterno*, sino *el animal* obediente a la Tierra, dentro del cual emanaciones eternas humanas, que *traspasaron* el punto de culminación de su estado individual, buscan experimentarse. Este suceso significa para ellos, un *deber caer* en una caída «pecaminosa» porque *culposa*, de la más elevada Luz, - para la cual no existe compensación alguna facilitando un nuevo ascenso, salvo la encarnación dentro de uno de los seres físicos del universo *sin culpa* - un *animal*, - cuándo solo entró en consideración una forma animal apta para un día *poder ser expresión* de lo humano eterno.

¡Nosotros conocemos suficientemente aquella forma animal desde nuestra propia experiencia física!

Si bien conocemos nuestra forma animal: el «animal humano», con sus necesidades, tendencias y compulsiones, estamos dispuestos a *privarle* de lo mucho que en realidad le *corresponde*, - solo porque nos cuesta mucho aceptar que tenemos mucho más en común de lo que deseamos con los otros animales, mientras que justamente *aquello*, que nosotros - como animales - *no* podemos atribuirnos junto con nuestros co-animales: - *la inocencia* - objeto muy deseado para nosotros si



*pudiéramos* retener parte en ella, después que hayan pasados los años de nuestra infancia vividos en inocencia animal. -

No es que solo quisiéramos liberar nuestra mente terrenal, determinada por el cerebro, del ámbito de lo animal, como un trepador que se hizo rico quiere librarse ahora de su medio social de origen, - sino también quisiéramos privarles a nuestros co-animales de *aquello* que, en el uso corriente, se denomina «alma», y que solo, *por medio de un desarrollo consciente*, se eleva, dentro de nosotros, por encima de la región primitiva como se la encuentra en los otros animales. -

A fin de no crearse obstáculos en el desarrollo, el alumno debe reconocer, que *casi todo* lo que nosotros denominamos manifestaciones del «alma» pertenecen todavía al *alma animal* perecedera, aun cuando alcance, por influencia de aquella alma, surgiendo de las *fuerzas imperecederas de la Deidad* y perteneciendo únicamente al *ser humano*, - una capacidad más rica de expresión y sensación por la limitada duración terrenal.

¡Del «alma» *animal*, y *solamente* de ella, proviene toda ambición, toda necesidad de competir y toda envidia, tan fatal para el alumno que aspira al desarrollo de su *espiritualidad!* - -

Es evidente, que el alumno debe en lo posible *someter* la perecedera «alma» *animal* a las *eternas fuerzas del alma* que le corresponden como «*ser humano*» engendrado por Dios.

Así, todas las manifestaciones del alma animal que estén *conforme* con la unión de las eternas fuerzas del alma en la forma de vivencia - «Yo» - deben ser, durante el tiempo finito de duración del cuerpo animal humano, *conservadas*, cuidadas, y utilizadas a fin de facilitar la vivencia-de-unión del alma *eterno*.

En cambio, todas las manifestaciones del alma animal que no estén conforme con la unión de las *eternas fuerzas del alma* en la forma de identidad - «Yo» -, o que actúen *en contra* del desarrollo del eterno organismo espiritual, deben ser llevadas a una gradual desaparición, - y aun cuando este proceso requiere del tiempo necesario para su transformación, hay que *resistir ya desde el comienzo* a toda interferencia.

El afán de *adelantarse* al discípulo en el aprendizaje espiritual, o aun la *envidia* por el grado de desarrollo espiritual ya alcanzado por el otro, son la mera manifestación del *alma animal* y exactamente comparable con la *lucha y envidia* de los animales por el forraje.

El buscador no solo debe ser *amo* de tales bajas manifestaciones del alma animal, sino que debe despertar a las sensaciones *contrarias* en su alma *eterna*.

¡No debe descansar, hasta que logre sentir *alegría* cuando perciba que el desarrollo espiritual de su discípulo esté mucho más avanzado que el suyo!

¡Se sobreentiende que él va a aportar toda *ayuda* posible al atrasado!

Aun *aquellos* seres humanos, llamados «Maestros» del arte de vivir en los tres mundos (el mundo de la comprensión mental, el mundo de las fuerzas del alma, y el mundo del eterno espíritu sustancial), jamás actuarían de otra manera.

Ellos ven a algunos de sus «hermanos» encontrándose en *alturas* casi inalcanzables y a otros todavía *en las llanuras*, que ellos ya han dejado atrás desde hace mucho, o bien que nunca necesitaron transitar.

Si a mí, o a uno de mis hermanos nos fuese *posible* dejar de sentir una *alegría* ardiente mirando hacia arriba al hermano *elevado*, o negarle la abrasadora voluntad de ayuda al hermano que todavía está transitando *por sus llanuras*, - hubiéramos dejado de ser lo que somos, y nuestro brillar en la Luz primordial se hubiera vuelto imposible. - -

Otra manifestación del *alma animal*, que el alumno del espíritu debe aprender a superar ya desde el comienzo, es la maliciosa tendencia a descubrir las *faltas* y *carencias* del discípulo y a lo mejor hasta llegar a señalárselas a los otros.

También *esta* manifestación constituye un obstáculo *fatal* para el verdadero desarrollo espiritual y todo supuesto «andar» por el Camino sería un autoengaño, si esa manifestación no estuviese antes *eliminada por completo* . . .

¡El alumno, esperando instrucción y ayuda del eterno espíritu sustancial, no debería ni *querer ver* las *faltas* y *carencias* de sus compañeros y si él *inevitablemente* se enteró de ellas, entonces tiene la *obligación* de *ignorarlas*!

Sin embargo, en caso de que se trate de cosas que puedan llegar a *dañar* considerablemente al alumno en cuestión u a otros, y que *no deberían* ser ignoradas, el descubridor involuntario solo debería advertir aquellas carencias a *aquellas* personas, en tanto esté seguro que no hay otro motivo que él de proteger al alumno *de sus propias carencias* y a los otros *de él*.

También en este caso, existe un paralelismo con los Iluminados de la Luz Primordial.

Dado que se trata, con respecto a su biológico tipo de ser, de una *determinación* de la voluntad-de-existir lograda milenios antes del nacimiento terrestre, así que el nacimiento debe realizarse en el momento predeterminado, garantizando *todas las condiciones psicofísicas* para la tarea conferida, *aun cuando* incluye, al mismo tiempo, una parte hereditaria, que el nacido durante su existencia terrenal apenas logra refrenar, porque está utilizando sus fuerzas *en otra dirección*, y porque un *someter* de lo inaceptable, por muy deseable que sea, disminuiría la base física de su obrar de modo irresponsable.

Esas carencias evidentes que le fueron «dadas» con su naturaleza física perecedera pueden manifestarse hasta un cierto grado, en cualquier ámbito del actuar humano terrenal, usando las fuerzas físico-animal, aun cuando el Iluminado de la Luz Primordial sepa siempre erigir nuevas barreras, para que las manifestaciones demasiado drásticas sean imposibles.

¡Ningún Iluminado de la Luz Primordial jamás *tuvo* la insensata y vanidosa ambición infantil de querer aparecer como un «santo», y ninguno de ellos jamás *podría* fomentar tal ambición!

¡Aunque el Iluminado se encontrase en alturas espirituales casi inimaginables para la mente humana, - debe cuidar de no ser intolerante con las manifestaciones de las faltas humanas de alguno de sus «hermanos» espirituales y debe aceptarlas con sabia *indulgencia* lleno de humor!

Ya que otro comportamiento en este círculo espiritual es *imposible*, lo arriba mencionado solo debe ser tomado como un *ejemplo ficticio* para ayudar al entendimiento, cuando yo, en aras del significado espiritual de estas cosas, debo explicar, que ya la más mínima *tendencia* de un Iluminado de la Luz Primordial, de sentirse «*por encima*» del hermano que faltó en cosas físico-terrenales, significaría la autodestrucción del propio organismo espiritual . . .

El alumno del eterno espíritu sustancial, solo podrá contar con un éxito verdadero por sus esfuerzos, cuando contemple en cada condiscípulo, - personalmente cercano o completamente desconocido, - todo aquello condicionado por lo perecedero y físico con sabia indulgencia.

Él debe llegar a entender, poco a poco, que el *organismo espiritual*, que su *compañero* quiere conscientemente alcanzar dentro de sí mismo, es de la *misma sustancia* que el suyo.

Aquel, que un día reciba una gran herencia, en una determinada moneda difícilmente va a intentar *desvalorizar* esa moneda, solo porque no le guste el comportamiento del otro que también posee o administra riquezas en la misma moneda.

Ya que es muy evidente en este ejemplo, que un heredero irresponsable perdería el bien destinado a él, si le fuese posible dañar la moneda de su herencia; por lo tanto debería ser entendible, en cuanto a lo espiritual, que no se puede *negar* para el otro lo que uno anhela *para sí mismo*. -

¡Aquí se trata de un bien, de ninguna manera *idéntico* al bien del otro, que, sin embargo, con respecto a su cualidad y origen, es *«igual»* al bien del otro en todos los aspectos!

Aquel que quiera negarle el bien espiritual al otro, se lo está negando a sí mismo.

Si hasta aquí se habló de lo que se debe evitar, ahora se hablará sobre lo que debe ser:

El logro de una conciencia idéntica en la comprensión *intelectual, emocional y espiritual*, es por cierto un postulado del mundo sustancial espiritual; pero de ninguna manera significa que se trata solamente de una *sustitución* de la conciencia intelectual, a fin de luego incorporar solo *términos* de cosas *espirituales*.

¡Se trata, más bien, de tres tipos de conciencia, *distintamente aisladas entre sí en el modo de experimentarlas*, que deben llegar a ser propiedad común de un individuo en la forma de vivencia propia también a lo divino más íntimo: «Yo»!

Por eso, algo muy importante depende de la voluntad del ser humano aquí: - de su disposición a conocer *completamente nuevas* formas de conciencia dentro de sí, que tienen muy poco en común con la conciencia *intelectual* conocida por él hasta ahora, que son formas de conciencia que no se dejan explicar, ya que solo se las puede experimentar por medio de una *«comprensión interna»*.

De ninguna manera le ayudará al buscador, si intentara «imaginarse» una gran variedad de cosas a fin de llegar a tener una idea de la forma particular de llegar a ser consciente de las eternas fuerzas del *alma* y del eterno *espíritu* sustancial.

Lo que realmente se espera *desde el espíritu*, de cualquier alumno del espíritu, se encuentra *en el tangible ámbito físico*, aun cuando los efectos lleguen más allá de lo físico alcanzando Regiones del alma y del espíritu.

Aquí se trata de la obligación de todo alumno del espíritu de expresar en todo momento dignamente su espiritualidad en la vida externa y a sus compañeros con los cuales se relaciona, aunque ésta se encuentre todavía en un estado latente.

Cuando uno decide ser alumno del espíritu, a fin de realizar su conciencia eterna del *alma* y la conciencia del eterno *espíritu* en el propio organismo espiritual, uno debe también, sin necesidad de hacer un voto con respecto a lo evidente, *desprenderse activamente* de todas las manifestaciones de sus prójimos que *impidan* o *imposibiliten* el desarrollo de su organismo espiritual.

Las actividades de divertimento cotidiano de nuestros días, ofrecen una verdadera colección de «ejemplos» de tales manifestaciones del ya muy refinado ser humano animal, saboteando la realización del ser consciente en el espíritu, - pero también en otros ámbitos importantes, no faltan aquellas manifestaciones, que apenas están a la altura del alma animal.

¡Él que me *quiera* entender, me *va* a entender! -

Pues, el alumno del espíritu *no* debe enfrentarse con todo aquello de manera *combativa*, sino *ignorándolo*, - buscando sustituir el *ardor animal*, lo *insípido* y la *maníaca distorsión de la vida* con lo que *corresponde* al eterno espíritu, en cuanto le es posible, - y que no se canse *de demostrar* con su propio comportamiento: que todo ello no se *trata* de cosas notables y deseables de la vida.

¡Pues, solo les ruego de no malinterpretarme!

¡No puedo tomar en serio *ningún* tipo de rechazo hacia manifestaciones de vivir proscritas espiritualmente, que no sea capaz de tomarlas *con humor*!

¡Apartarse malhumorado, rezongar y justificar son medios *malos* para abrir los ojos a los otros a fin de mostrarles que se encuentran presos de autosugestiones insensatas y nervios sobreexcitados! -

Mucho más eficaz que todo eso, es siempre el *ejemplo*, y *dar ejemplo* con nuestros actos es la más noble tarea de aquel que quiera entrar «en el espíritu».

Una sola acción ejemplar puede constituir una enseñanza mucho más valiosa que una larga disputa, y así también la actuación *pública* pequeña o grande de un alumno del espíritu, será más valiosa en tanto él confíe y *pueda* confiar en todo momento, gracias a su estricta autodisciplina, en la eficacia de su *ejemplo* . . .

El alumno debe ser muy consciente del hecho de que todavía se encuentra profundamente inmerso en las nieblas de una envanecida razón, en tanto piense que la victoria disputada a sus compañeros es igual a la conquista de su propia oscuridad interna. -

No con palabras, sino solo a través de su *ejemplo*, él puede demostrar que llegó a ser verdaderamente vencedor dentro de sí mismo.

VIDA INTERNA  
Y  
MUNDO EXTERNO

Ya he expresado con suficiente claridad, que buscadores, solo podrán ser «mis» alumnos, en la medida que observen con propia *determinación* de su aspiración y búsqueda del Camino, las comunicaciones, indicaciones y enseñanzas dadas en mis libros; sin querer ver otra cosa en mí persona más que el *intermediario* destinado y *formador* de las visiones y consejos ofrecidos.

Se trata de una relación puramente espiritual con el alumno, donde cada alumno que observe mis enseñanzas tenga todo el derecho a considerarse «alumno» mío, para el cual yo asumo una responsabilidad eterna.

No hay que equiparar esto con la «conciencia de responsabilidad» sentida por todos los pastores concienzudos de las comunidades religiosas ante sus creyentes, - sino, que mi responsabilidad por el buscador *siguiendo exactamente* mis consejos a fin de entrar «en el espíritu», consiste en una *obligación* inquebrantable, que aun en futuros estados *post-terrenales* podrá continuar exigiendo sus demandas y que no serán *cumplidas* antes de que el buscador haya *realizado* aquello que le he prometido. -

Sin embargo, ruego: - *distinguir precisamente* entre lo que menciono en mis libros como *posible* espiritualmente y *experimentable* bajo ciertas condiciones claras, y que solo presento para relatar los diferentes *niveles* del experimentar espiritual, que indudablemente *no* les son a todos ya aquí en la Tierra alcanzables, - y *lo* que yo exijo en términos claros y sin malentendidos de *cada* alumno espiritual durante su vida terrenal.

Que yo le permita que el aspirante participe vivamente, aun en las más *altas* vivencias de los niveles del experimentar espiritual, posiblemente todavía para él aquí en la Tierra inalcanzables; es necesario a fin de posibilitarle darse el «*rumbo*» a sí mismo. Pero no significa, por cierto, que yo le pueda *prometer* alcanzar aquella capacidad de experimentación en el espíritu.

Todo lo que yo muestro como alcanzable requiere un cierto desarrollo en mayor o menor grado del organismo sustancial-espiritual. Y en cada lugar de mis libros, en que se trata de las experiencias alcanzables en la vida espiritual, muestro también lo que uno ya *debería* haber logrado, si es que quisiera llegar al próximo nivel del experimentar espiritual.

El alumno en el espíritu puede reconocer exactamente, después de una lectura detenida de mis relatos, donde él se encuentra, teniendo cuidado de no modificar, en su propio beneficio, las

características descriptas claramente por mí, sobre su correspondiente capacidad de experimentación.

En las cosas *terrestres* uno puede a veces  *fingir*  un grado de realización, tal que otros creen que él ya lo ha logrado, - pero en la vida *espiritual*, cada intento de «simular su ascenso», debe fallar lamentablemente, ya que aquel dispuesto a engañar, solo puede engañarse - *a sí mismo*.

El grado espiritual, que él haya logrado verdaderamente, es solo el resultado de su ya alcanzada *capacidad de experimentación* en el eterno espíritu sustancial.

Debe quedar claro para el buscador de una vez por todas, que no se trata de «niveles» o «grados» según una jerarquía fija de «rangos» rígidamente determinados.

Y luego de que tuve que presenciar una y otra vez, que los lectores, e incluso con sumo agrado, querían ver «*numerados*» los peldaños de la escalera de Jacob y porque así descubrí un malentendido requiriendo por ello una necesaria corrección, voy a decir lo siguiente:

¡Lo espiritual solo puede ser percibido por aquello que es *del espíritu!*

Lo espiritual solo se *experimenta* en *unión*, y aquello que querría unirse a lo espiritual, debe ser del espíritu *de por sí*.

¡Todo lo *no-espiritual* no es «real» ante el espíritu: - no tiene «realidad»!

(¡Estoy hablando del *eterno* espíritu sustancial, verdaderamente indestructible, - no de los resultados propios de la actividad de cerebros perecederos!)

Jamás un ser humano podrá entrar «en el espíritu», si fuera solamente aquello, que se manifiesta físicamente en la Tierra.

Solo porque él al mismo tiempo, es *eterno espíritu sustancial* puede *experimentar* lo espiritual, y después de haber logrado su *unión*, - podrá él, dentro de sí mismo, como espíritu del espíritu de la eternidad, llegar a ser consciente espiritualmente *de sí mismo*. -

Por ello, es necesario observar con perseverancia un determinado comportamiento por un largo tiempo.

En los textos de enseñanza, están exactamente descritas las distintas formas en las cuales este comportamiento puede expresarse.



El objetivo de tal comportamiento es en primera instancia: - él de abandonar poco a poco el hábito de *pensar* la vida, en lugar de vivirla, y de aprender a *vivir* activa y conscientemente. -

El *vivir* activo debe reemplazar al «*vivir-pensante*».

Tal aspiración habrá cumplido su objetivo, cuando el pensar esté *vivido*, y no solamente: «pensado».

No puedo decir con más claridad lo que *significa* esto, pero sé muy bien, que nadie, que todavía esté acostumbrado a *pensar* su vida, podrá *imaginar*, aunque sea vagamente, lo que aquí quiero decir . . .

¡Pero eso tampoco es necesario, ya que no se trata de un imaginar, sino del *aprender a vivir*!

Aquel, que está *pensando* su vida, cree en su pensar: *que vive*, y que *aquello* que experimenta abarca su *vida*, - pues para el pensar, la vida solo es un *objeto*, aun cuando *el* objeto *incluye* todos los otros objetos posibles del pensar, - y para el pensar la vida estará *extinguida* en el mismo momento, en la cual el pensar *mismo* esté extinguido.

¡Pues es bien cierto que es *posible* pensar la vida, e incontables millones de personas solo la *conocen* en el pensar, - pero, el eterno *espíritu* sustancial *jamás* es comprensible por el pensar, sino *solo* en la *vida*, - en el experimentar *viviente* y *no* en el experimentar condicionado por los pensamientos! - -

Mientras que en el pensar, la vida siempre es solamente *pensada*: - solo tiene realidad como *pensamiento*, - la verdadera *vida* de la vida crea un *acontecer* en el cual uno está *integrado*.

Por eso la tarea para aquel que quisiese entrar «en el espíritu», es «*aprender a vivir*», ya que uno no entra en el espíritu *pensando*, sino por medio de un sublime *acontecer*, que solo puede ser experimentado por aquellos que han sido capaces de experimentar la *vida* activamente, donde los otros la viven *pensando*.

Aquel *aprender a vivir* no se logra «de golpe», y el *saber vivir* no invade a la persona como una «iluminación de la noche a la mañana».

¡El saber vivir debe ser más bien *elaborado*!

¡Es un «*aprender*», - aun cuando no es un aprender *usando la mente*, - e, igual a *cualquier* otro tipo de aprendizaje, tiene sus diferentes niveles, o, usando la analogía del *Camino* interno, - tiene sus diferentes hitos en el Camino! -

Para transmitir un término intelectual de lo *sugerido*, ya que al comienzo el buscador solo *piensa y entiende*, en lugar de *vivir* (¡Aquí no estoy hablando del *estar vivido pasivamente* en el cuerpo, que uno *denomina* «vivir»!) los «Maestros» del arte de la *vida*, han hablado en todas las épocas de «escalones» sucesivos, o hitos sucesivos del Camino, pero jamás quisieron que ello se entendiese como *niveles de un plan de enseñanza rígidamente determinado*, en el sentido de un «método» de enseñanza.

También uno podría elegir, en lugar de la imagen de un camino, o de los escalones de una escalera, la imagen de un *árbol* creciente, donde se ve tal vez con *más claridad*, de qué modo con los años, en el proceso del *aprender a vivir*, un estado de crecimiento se añade al *otro*, - como un estado se transforme en otro. -

Podría naturalmente *clasificar* el crecimiento del árbol según sistemas diferentes, y también el progreso en el *aprender a vivir*, - pero, aunque toda aquella clasificación pueda despertar el entendimiento para lo graduado, lo secuencial del progreso en el aprender a vivir, - esta clasificación se deja reemplazar por *otra* en cualquier momento.

¡El proceso progresivo no será cambiado de ninguna manera, no importa si yo lo secciono en siete, en sesenta y ocho, o en dos mil estaciones, escalones o grados! -

Entonces, no se puede decir: - «Este o aquel, solo se encuentra en tal o cual escalón», sino solo: - «parece que él todavía se encuentra en el *comienzo*, mientras que aquel otro está *bastante* o *muy avanzado* en el Camino». -

(Evidentemente, no se trata aquí de «grados» en el sentido de la francmasonería u órdenes similares, en los cuales el «grado» alcanzado corresponde comparativamente al «rango» militar alcanzado.)

¡Cualquier otra manera de ver estas cosas no tendría sentido!

¡«Sin-sentido», porque *carece* del *sentido* correspondiente a la realidad!

Me pareció que para algunos de mis alumnos, esto no habría sido lo suficientemente claro, por lo que quise dar la explicación más clara posible.

¡**No** estoy exponiendo teorías, donde «B» es el resultado de «A», y «C» resultado de «B», sino hablo de mi propia *vivencia*!

¡Desde hace muchos años, ya no *pienso* más mi vida, sino que la *vivo*, - asimismo *vivo*, desde entonces, mi *pensar*!

¡De ninguna manera he sido «favorecido» en mi Camino, sino que tuve que aprender, de una forma incomparablemente *intensiva* y *dura*, el «*saber vivir*», mucho más de lo que les sería posible a algunos de mis alumnos!

¡De verdad, nada me fue «regalado»!

No existe tampoco *ningún final* en este «aprender», ya que requiere un *ejercitar* continuo, una vez «aprendido».

La muerte del cuerpo físico solo afecta aquel «ejercitar» de lo «aprendido» en la medida en que después y en adelante *este cuerpo* no podrá ser *vivenciado* más; pero en la vida eterna, uno sabrá vivir el pensar solo si lo hubo aprendido previamente aquí, a través del cuerpo terrestre.

Por lo tanto, él que *no* haya aprendido a «vivir el pensar» *durante su vida terrenal*, solo va a poder *pensar soñando* después de la muerte del cuerpo físico, así como también se va a *pensar* a sí mismo ensoñativamente durante mucho tiempo; aun cuando aquel pensar no sea más registrado por un cerebro, hasta que él haya aprendido a *vivir* lo espiritual.

¡No estoy hablando sin motivo de nuestro *organismo* sustancial-eterno!

Un «organismo» que para mí es algo crecido desde sí mismo, capaz de existir por sí mismo.

El cuerpo terrestre, en este sentido, *no* es para mí un «organismo», sino una *combinación* de *órganos*.

Sé muy bien, que uno podría pensar en *otra* terminología, y cuando yo todavía *pensaba* mi vida, esa forma de pensar también era la mía, - pero, desde que fui capaz de *vivir* mi pensar, no la necesité más . . .

No obstante, cada uno de mis alumnos es libre de «traducir» todo lo que dicen *mis* palabras, a su *propia* manera de hablar.

¡Quiero decir: - no es necesario «aferrarse rígidamente» a las palabras, sino, hay que tratar de *transformarlas* y permitirles *cambiar*! -

También voy a tener que explicarle a mi alumno, porqué debo lamentablemente hablar mucho *de mí mismo* en mis libros: - porqué debo mencionarme a mí mismo siempre de nuevo, aunque nada me cueste más que estar hablando de mí en la vida terrenal.

Existen dos motivos por lo que tengo que proceder así, contra todo ánimo e inclinación:

Primero y aunque me cueste mucho, estoy *obligado* desde el espíritu, de «identificarme» ante aquellos que leen mis palabras, no importa si me guste o no y independientemente de cómo voy a *experimentar* la manera en que mis comunicaciones serán *recibidas* por otros.

Estoy, por así decirlo, obligado espiritualmente, a darles a mis lectores una explicación acerca de la manera por la cual yo llegué a escribir lo que escribí.

Segundo, naturalmente soy para mí mismo, el más cercano y mejor conocido, como también el campo de experiencia *mejor controlable*.

Ya que me veo absolutamente libre aun del más mínimo deseo personal, sino, que estoy acostumbrado, más que cualquier otra persona, a mirarme con sobria objetividad, es por ello que soy también el mejor capacitado para dar respuestas cuando se trata de cosas, cuya experiencia me es conocida y que me importa explicarlas a otros.

Nadie, que me conozca un poco, podría *considerar* que me tomo a mí mismo como ejemplo representativo como si de alguna manera se tratase de *mi persona* que solo está estrictamente al servicio de mí mismo.

Si *tuviera* inclinación a una vanidosa autosatisfacción personal, sabría dármela de manera verdaderamente *más deseable*, ya que no soy ningún asceta, y me es ajeno el extraño *placer* del asceta, de alegrarse con aquello que le produce *sufrimiento* . . .

Así, como verdaderamente puedo decir que no me busco a *mí mismo* en mi obrar, también debo decir que no solo «la salvación eterna» de mis alumnos es el motivo de mi incesante obrar, sino también la activación de las fuerzas que necesitan para construir sus vidas en el *mundo externo*.

Por supuesto el alumno debe diferenciar claramente entre aquello que *yo* soy capaz de obrar espiritualmente para su beneficio y aquello que puede ser logrado por *él mismo*, trabajando a diario sobre sí mismo . . .

La vida en el espíritu de *ninguna manera* es *enemiga* de lo cotidiano, así que también él que busca la capacidad de experimentar espiritualmente, deberá *primero* aprender a cumplir con las exigencias de su *vida cotidiana*.

Uno no debe tomar nota cuando los soñadores de todos los tiempos se empeñen en afirmar que el espíritu de la eternidad solo será alcanzable recién cuando el buscador le *dé la espalda* a toda representación *terrenal* de lo real.

¡Lo *contrario* de tal suposición corresponde a la verdad!

Si bien el buscador jamás debe aferrarse fuertemente a la Tierra, de modo que no sea capaz de «*elevarse*» más, debe saber, no obstante, que también lo terrenal está circundado por lo eterno.

¡En el mundo externo solo se experimenta el *resultado* final, transformado varias veces, de las fuerzas procedentes de lo real eterno en el *efecto reflexivo* de aquellas fuerzas, unas sobre otras. Sin embargo, de ninguna manera le es dado con ello, al humano terrenal, solamente lo superficial y su sombra!

Toda manifestación terrenal se deja continuar por aquel, cuyos sentidos *espirituales* ya están despiertos, hasta el *cambio perceptivo*, a partir del cual, las fuerzas del Ser Primordial, causantes de toda forma, se dejan experimentar como algo *espiritual* sustancial.

Así, lo más externo está siempre *conectado* a lo más interno, aun cuando lo «*externo*», según su forma de manifestación ya esté demasiado cercano a lo eternamente *rígido*: - la «*nada*» absoluta, - así que jamás se podría *entrar* en lo «*interno*», que es lo *más libre*, permaneciendo eternamente en un incomprensible *movimiento*.

Dado que el ser humano terrenal es algo *interno* que se extravió en lo más externo, solo podrá esperar llegar a ser nuevamente consciente de sí mismo como algo interno sustancial real, si parte del punto en el cual se encuentra, - desde lo *más externo*: - de su corporalidad externa y el «*mundo externo*» que le rodea. -

Ese mundo externo le es *perceptible* en cuanto se trata de su propia *corporalidad*, y cualquier *cambio en su estado* le es posible *sentirlo*.

Todo aquello que esté *alrededor* del propio cuerpo terrenal, solo llega a ser perceptible en el *sentir* corporal, en cuanto *impresiona* a la corporalidad, sea el impacto *apenas perceptible* o *sumamente intenso*, sea que excite la emocionalidad de manera *placentera* o *desagradable*.

Todo lo sensorial que impacta sobre el sentir, solo sucede en el *momento* correspondiente, y es relevado inmediatamente por un *nuevo momento* del sentir, aun cuando la agregación de los contenidos de cada momento den la impresión de una *continuidad* del sentir, tal como se perciben las incontables imágenes de una cinta cinematográfica como una *imagen continua*.

Por un tiempo limitado, - hasta la muerte del cuerpo terrenal, en caso extremo, - las *imágenes recordatorias* del sentir pasado de la propia existencia corporal, como también la correspondiente

valoración del sentir de los impactos sensoriales procedentes del mundo externo suelen conservarse en la conciencia.

Cualquier *otra* relación del ser humano con el mundo externo *solo* es el resultado de su *imaginación*, - sin embargo, las *cosas producidas* por la imaginación están tan sujetas a la voluntad humana - en el sentido de una *creencia* - y así surgió el equívoco filosófico por el cual «la imaginación» es la *creadora* de las formas manifestadas del mundo externo.

Aun cuando ella, por cierto, *no* lo es, sino más bien representa el resultado de la capacidad de reunir en *forma de imagen* los efectos sensorialmente imperceptibles de las fuerzas del Ser Primordial: - la capacidad de crear, a partir de abreviadas secuencias del acontecer, en una forma adaptada a los sentidos humanos, - el mundo de la imaginación no constituye de ninguna manera el mundo real accesible a los sentidos físicos.

No importa cuán profundo le parezca a uno su mundo imaginario, habrá momentos, en los cuales deberá reconocer que se encuentra todavía *muy* lejos de haber utilizado al máximo la *posible* capacidad receptiva de sus sentidos físicos. -

El mundo de la *imaginación* es, sin embargo, el mundo *determinante* para cada uno, no importa, cuán poco corresponda al mundo externo, que le sería perceptible utilizando al máximo las posibilidades de sus sentidos terrenales.

Sin embargo, ese mundo de imágenes autogeneradas, tan significativo y trascendental para el accionar humano, es una creación sumamente variable, que no solo es influido por entendimientos y experiencias propias, sino también por los mundos imaginarios de los demás.

Así se conforman grupos de personas compuestos por *muchos* individuos que tanto han asemejado sus mundos de la imaginación, que al *constatar* tal semejanza creen tener el argumento «contundente» que justifica la «veracidad» de las imágenes de sus imaginaciones, aunque solo sean *caricaturas* del mundo: de aquel mundo perceptible a los sentidos físicos *no obcecados*.

El alumno del espíritu no solo deberá reexaminar una y otra vez su *propio* concepto del mundo, sino también él del *grupo* al cual pertenece como resultado de sus circunstancias de la vida, - o también él del *grupo étnico*, compuestos por *múltiples* subgrupos o «partidos», dentro del cual nació.

Dado que los requerimientos del espíritu son los mismos, sea se trate del *individuo* o de una «masa» de individuos, es así que uno, como individuo, no *podrá* observar los requerimientos, cuyo cumplimiento constituye *condición previa* para todo aquel que quiera entrar «en el espíritu», - y, *al mismo tiempo*, servir, sin reservas, al concepto del mundo de un grupo, cuyas formas de comportamiento *impiden* automáticamente el Camino interno hacia el espíritu.

¡Significaría un terrible desconocimiento de la *universalidad* del eterno espíritu, el creer, que sería posible entrar «en el espíritu», mientras que todavía se *desprecia*, o aun se persiga con *odio*, algo que pertenece al espíritu!

Dado que *toda humanidad* encierra lo espiritual latente en sí, uno debería diferenciar *detenidamente* entre el repudio riguroso sobre esta o aquella *opinión* o *comportamiento* fijado en lo animal humano y el desprecio arrogante hacia aquellos que no opinan igual, ya sea se trate aquí de individuos, grupos, pueblos o razas. - -

Debe ser fácilmente entendible que un abrigar *emociones de odio* produce la «sordera espiritual» y la «ceguera espiritual». -

Sin embargo, la *capacidad* de poder sentir odio no debe ser *exterminada*, ya que con ella también sería exterminada la capacidad de sentir el eterno *amor* espiritual, - la surgente percepción del odio no debe ser *albergada*, sino solo «*constatada*», donde luego comienza la gran tarea, para el alumno en el espíritu, de transformar el odio, recién experimentado en su fuerza total - en *amor*, que es el polo opuesto, como manifestación *de la misma fuerza* . . .

¡Entonces, donde se *alberga* el odio - contra individuos, contra agrupaciones, o contra otros pueblos, ahí no existe la posibilidad de desarrollo para el alumno del espíritu, por lo que debería concederle el lugar, ofrecido a él o aun ya ocupado por él, a alguien que *no quiera* ir más allá de su naturaleza animal más o menos desarrollada! -

No importa *cuáles* son las influencias del mundo externo a las que el alumno se ve enfrentado, - siempre deberá estar consciente de que *nada* en este mundo externo le *puede* impedir el Camino hacia el espíritu, en tanto él *observe* precisamente los abundantes consejos dados por mí en mis enseñanzas.

¡Lo que importa es la «*observación*», - no la *aprobación* y el *gran entusiasmo* por mi obra!

Así, la observación de mis enseñanzas requiere, que el alumno *primero* ordene su *vida diaria* personal. -

En el momento, en él que *ahí* esté todo «*en orden*», en *todas partes y al respecto*, - el buscador habrá adquirido el derecho a continuar su Camino y solo entonces estará también *justificada* su expectativa de que él verdaderamente *va* a lograr también lo que para él sea *lograble* espiritualmente en la Tierra durante el tiempo de su vida terrenal.

¡Está muy equivocada la muy extendida y querida «generosidad» de creer que el aspirar hacia el espíritu, permite considerar a todo lo cotidiano como algo intrascendente!

Puede ser que algo sea *realmente* «intrascendente», pero *jamás* es intrascendente, de ser tratado o no, *conforme al espíritu*. - -

En una parábola de los evangelios se le dice al administrador fiel:

«Bien hecho, siervo bueno y fiel, sobre poco has sido *fiel*, sobre *mucho* te pondré»

¡Lo que aquí está dicho en forma de parábola concierne a una de las más importantes exigencias del espíritu!

Aquel, que no logra comportarse, ya en su transitoria vida *terrenal*, de tal manera, en que su pensar, hablar y actuar pueda ser *aceptado* desde el *espíritu*, todavía no ha entendido para que le pueda servir el mundo externo, y toda su aspiración a una profunda conciencia espiritual no le será útil.

¡Pero aquel, que aquí en su vida cotidiana, tome *aun la más pequeña* decisión con total *naturalidad*, - aunque sea con mucho *apresuramiento*, - de manera tal como si su eterna salvación dependiese *solo* de aquella *única* decisión, estará mucho más cerca a la conciencia espiritual de lo que él supone; y aun cuando sus tendencias hereditarias impidiesen el desarrollo completo aquí en su vida terrenal, entrará, sin embargo, *conscientemente* en la eternidad! -

¡Pocas cosas han sido tan *mal entendidas* en el transcurso de la historia de la humanidad - en todas las partes del mundo y en todo tipo de civilización, que la intuición más o menos intensa, del eterno espíritu sustancial dentro de uno mismo.

Seducido por conclusiones intelectuales poco profundas, el buscador espiritual opinaba y aún hoy en día opina, que la vida diaria debe ser horrible y repugnante para el espíritu.

Por lo tanto, uno se sienta justificado de concluir, que debe ser imposible entrar en el espíritu, si no se desdeña la vida cotidiana considerándola ignominiosa.



Hasta el día de hoy se dejan contar fácilmente los pocos que han ido más allá de tales opiniones inhibitoras y aprendieron a reconocer, que el Camino hacia el *eterno espíritu sustancial* comienza en la *vida cotidiana*, aparentemente tan insignificante . . .

¡Pues, nadie podrá ser *alumno de una enseñanza espiritual*, si no fuese capaz de obtener tal conocimiento elemental!

CÓMO SE DEBEN  
USAR MIS LIBROS

Cuando yo, poco después de fin de siglo, desde hace ya más de treinta años, emprendí los primeros intentos de poner *en palabras* mis vivas experiencias espirituales, - pero también una década más tarde, ya que mi experimentar espiritual como también mis intentos de describir lo experimentado, se habían convertido en un acontecimiento y una actividad familiar, - jamás pensé, ni en mis sueños, de publicar ya *durante mi vida terrenal*, algo de aquello que había ya redactado usando una escritura criptográfica, ideada por mí, como medida de prevención contra cualquier profanación.

Luego había decidido entregar en el momento propicio, la «clave» de mi criptografía a una persona de confianza, a fin de publicar, de manera apropiada, lo hallado *después de mi muerte*.

Entre mis papeles se hallaba además en un sobre cerrado, una «disposición final» al respecto, y una segunda anotación de la clave a emplear, en caso de muerte imprevista, antes de que comience el trabajo del «albacea» encargado del testamento.

Yo *mismo* no sospechaba que un día debía hacer accesible al público esa adelantada «herencia» y transcribir para el *tipógrafo* aquello conservado en una escritura, solamente entendible por mí. - -

Después de que mi más importante guía e instructor espiritual, quien devino comprensiblemente en mi «*autoridad*», me aclaró convincentemente por primera vez, en un encuentro personal, que no bastaba con la mera *legación* de mis textos de enseñanza, sino que caía sobre mí la obligación de presentar lo escrito *personalmente, durante mi vida terrenal*, ante todo el mundo, - caí durante mucho tiempo en un estado de depresión indecible, buscando en vano, día tras día, asimilar aquel tener-que-ponerse-de-manifiesto, con mi necesidad espiritual del anonimato y aislamiento.

Logré apartarme de esas inquietudes internas, desde el momento en que me encontré *de nuevo* con el mismo guía espiritual paterno y amado con reverencia, - esta vez lejos de mi hogar, - cuando durante un año de trabajo espiritual y artístico en Grecia, llegué a conocer también otras personas, de quienes devine hermano espiritual a partir de aquel momento.

A título de prueba, y para un público limitado, les envié desde *Atenas* el primer pequeño manuscrito con el título «La Luz del Himavat», - signando primero solo con las *iniciales* de mi nombre espiritual, conferido para mí por mi instructor y mis hermanos.

Eso sucedió en el año 1913.

La recepción de ese pequeño libro de enseñanza resultó mucho mejor de lo que anteriormente hubiese podido sospechar.

Aquello que fue publicado *individualmente* se encuentra ahora incluido en el «Libro Del Arte Real» del cual fue tomado en principio.

¿Cuándo luego, en un tiempo posterior, no pasaba un año sin que no se publicará uno de mis libros, aunque poco extensos, - o aun diversos escritos publicados *al mismo tiempo*, - unos lectores no sabían muy bien, si debían admirar tal producción abundante, o incluir el autor entre los escritores «muy prolíficos»?

Nadie podía saber, que mucho de aquello que fue publicado consecutivamente, ya existía bien guardado *en mi escritorio* desde hacía muchos años, dispuesto para la impresión, o que fue escrito *en Grecia*, mucho tiempo antes de su publicación.

Esto incluye: casi todo del «*Libro Del Dios Viviente*», y del «*Libro Del Ser Humano*», - casi todo de «*¡Mas Luz!*» y del «*Libro Del Arte Real*», como también algo del «*Libro De Los Diálogos*», - dejando de lado lo mucho que ya había escrito una vez, pero que yo tenía que modificar, ya que debía ser publicado en su forma original solo *después de mi muerte*.

Después de que me fuera impuesta la obligación de hablar, ya *durante mi vida terrenal*, sobre todos los temas mencionados en mis libros, no hubiera sido posible hacerlo mediante la elegida forma de un *legado* espiritual.

Menciono aquí todas esas cosas, ya que me vi enfrentado a una concepción de mí obrar demasiada «literaria», prohibitivamente alejada de los hechos reales.

¡En ningún momento me ha atormentado la más mínima ambición literaria!

Las cosas sobre las cuales escribo - a pesar de la resistencia ante cualquier intento de representarlas - de forzarlas en una forma lingüística, me fue siempre la más dura *obligación*, de la cual me hubiera gustado deshacerme, si esto hubiese sido posible.

¡No escribo para vanagloriarme de mi escritura!

¡*Nada* de todo aquello que he dado a conocer por escrito hasta ahora, fue «*fácil*» de escribir, dado que la casi insoportable *responsabilidad eterna*, que no me la *podía* quitar, me obligaba, no solo a comprobar cada *frase*, sino también cada *palabra* y cada *sílaba* por ser ellas portadoras apropiadas de su capacidad del contenido confiado, - no en el sentido *literario*, sino con respecto a la capacidad portadora de las palabras para lo *espiritual sustancial*!

Donde quiera sea necesario, las frases formuladas, palabras y sílabas están, - en un sentido metafórico - «*cargadas*» con lo espiritual sustancial.

No puedo ni describir, ni enseñar el aquí necesario proceso «mágico», en su *más alto* sentido, sino tan solo advertir, de que no se trata de nada misterioso, pero sí, del utilizar las vibraciones sustanciales espirituales contenidas en casi todos los elementos lingüísticos, liberadas durante su pronunciación sea en voz alta o solo «*pensadas*».

Muchos lo han *experimentado* conscientemente, sin sospechar, de qué modo la ayuda percibida estaba «concentrada» en las palabras brindadas . . .

¡El resultado que conlleva esta explicación de una situación extraordinaria, - la que solo puedo poner en palabras esforzándome por superar el temor ante las imputaciones de la insensatez del que lee literal y superficialmente: que es precisamente como *no* se deben usar mis libros!

No se los debe «leer» como algo mas o menos interesante, fantástico, extraño, o conocido, en la manera habitual en la cual uno lee hoy en día: - solo en *agrupaciones de frases*, - casi nunca en frases, - siempre estando mentalmente en *otro lugar* que con el *significado* de una *palabra* en cuanto uno la ha «sobrevolado». -

No se los debe leer con la actitud de querer entenderlos según la ya estereotipada interpretación, otorgada *habitualmente* a todo lo leído. -

En cuanto a las arriba mencionadas obligaciones con respecto a lo *espiritual sustancial*, me he visto en la necesidad de utilizar lo usual de manera *inusual*, ya que la recurrencia de ritmos, vocales o consonantes y cosas semejantes *no* solo son condicionados por lo *estilístico*, - pasando enteramente por alto el hecho de que yo debo darme el derecho de disponer las palabras y formar las frases de modo tal para que ellas expresen lo que quiero transmitir a otras personas.

¡Me es imposible evaluar de otra manera, si estoy cumpliendo o no con mi deber!

A fin de poder realmente *absorber* aquello que es *dado* en mis libros, uno va a tener que leerlos *muy cuidadosamente*. -

¡Sin embargo, *esta* manera de leer *valdrá* la pena!

En la *primera* lectura, uno no debería preocuparse más que por el «*contenido*» general, tal como se le presenta también al *presuroso* lector que nunca tiene «tiempo».

Pero el libro que el alumno tiene en sus manos ya debería haber *satisfecho* su curiosidad: de saber lo que contiene, cuando al leerlo por segunda vez, comience a leerlo de *otra* manera, de modo tal que pueda producirle una clara *resonancia* alegre sobre su alma eterna y su propio organismo *sustancial espiritual* . . .

¡Mientras que un pasaje en uno de mis libros, tratando del verdadero espíritu eterno y de las cosas de la vida sustancial espiritual, no despierte una *alegre resonancia*, que uno experimenta cuando nuevamente se le habla a uno de algo olvidado desde hace mucho tiempo y que uno ha *amado*, - todavía ese pasaje del texto no se ha entendido!

**Pero** no tiene sentido alguno ahora *dar vueltas* sobre tal o cual pasaje, o aun intentar *provocar* una sensación *artificialmente*, si todavía no produce una resonancia interna.

¡Pues de esta manera se podrían alimentar graves autoengaños!

Si la sensación del *reconocimiento*, dando al mismo tiempo una completa *seguridad* y una profunda *alegría* no aparece aún, mejor será dejar de lado tales pasajes del texto por el momento, y volver a *otros* que más tienen que decir en el momento dado.

¡El alumno deberá tomar en mano el mismo libro *incontables veces*, a fin de que pueda recibir lo que tenga para darle!

**Pero** estaría muy equivocado el intento de meterse en la cabeza la idea de releer *continuamente* el libro que uno está leyendo, hasta haber recibido todo lo que pueda darle.

Pues de esta manera el buscador no solo no lograría nada, sino que se insensibilizaría internamente, de modo tal que, en el mejor de los casos, recién años después, estaría nuevamente capacitado para leer uno de los libros con sentidos abiertos y con utilidad.

Verdaderamente se me puede dar fe, de que no fue por pura casualidad, cuando yo distribuí aquello que me ha competido enseñar o presentar, por medio de pequeños tomos, completos en sí mismos.

Y cuando yo califico respectivamente como «libro» cada uno de estos pequeños tomos, esto se debe enteramente a su *contenido*, al cual yo hubiese podido dar una forma de presentación *mucho más amplia* que la efectuada en forma más bien reducida, haciéndolo en un mínimo espacio, para que fuese más asequible para el alumno.

Él que observe más de cerca, no solo va a notar, que no hubiese sido difícil, ampliar el contenido de uno de aquellos poco extensos «libros» hacia formar un voluminoso tomo, - pero uno también va a descubrir en aquel examen, que no solo existieron buenos motivos, por los que yo al contrario, presenté al lector de estos días, que «no tiene tiempo» para leer, todo en «libros», cuyos tamaños siempre quise *limitar*, sino que, uno notará también que la *clasificación* adoptada por mi se justifica por razones *psicológicas*.

Cuando uno quiere instruir a sus prójimos acerca de percepciones personales sobre cosas metafísicas, tal vez poco decisivas, puede ciertamente plasmarse *en un solo* libro, para posteriormente ser ampliado su volumen hasta él de un tomo de una enciclopedia, sin ganar o perder su valor por ello.

Pero, si yo quisiera guiar a las personas, buscando que encuentren su propia *espiritualidad* sustancial, de tal manera que puedan ser *encontradores*, entonces tengo que tener en cuenta las *posibilidades receptoras* del ser humano, determinadas por el tipo de procesamiento de sus actividades cerebrales, y mucho más aún, - así que *solo* brindo ayuda, si muestro la alta meta pero siempre desde *otro* punto de vista.

Así, solo puedo aconsejarle también a mi alumno espiritual, de tomar *otro* de mis libros, cuando él note que en las palabras de enseñanza y las descripciones recién absorbidas, no encuentra ninguna resonancia interna como respuesta.

Y él deberá realizar tales cambios *las veces* que sean necesarias, hasta que haya llegado al libro, que le pueda dar los valores que puedan despertarle una *resonancia* interna en el momento dado.

¡De ningún modo estamos capacitados para absorber *lo mismo* en todo momento!

En momentos distintos, no solo se necesita de una expresión diferente, sino también de una «perspectiva» diferente, desde la cual podamos ver el objeto de nuestro interés, para que se nos pueda dar la respuesta exigida.

Dado que se busca y se encuentra en cada uno de mis libros una expresión siempre *nueva* para lo espiritual, y de que *enseño* a contemplar lo que es del espíritu desde todos los puntos de vista en cuestión, el buscador así jamás va a tener problemas en elegir el libro apropiado en el momento dado.

¡Sin embargo, uno hará bien no *entremezclar* los contenidos de mis libros!

Todo lo que soy capaz de presentar está *unido* con todo por necesidad, pero desde el comienzo, no consideré como una obligación ineludible, hablar estrictamente según un determinado uso de las palabras, ya que tal limitación de expresión me hubiera forzado a dejar inexpresado lo que me era importante - sabiendo cuanta necesidad tienen de aquello los buscadores.

Dado que no aspiré a crear en mis libros un «sistema» de una «concepción del mundo», buscando solo describir lo experimentado como algo particular y existente *por sí mismo*, podría conducir a ideas equivocadas, si la manera de hablar de un libro se entremezclase con la de otro.

Cuando uno lee cuidadosamente pronto se le mostrará, que todas las declaraciones están en profunda armonía, aun cuando puedan poner su propia particularidad con respecto a algo en especial.

Una y otra vez se tratará de que se consideren mis libros solo como «*material para leer*», o bien que sean considerados como auxiliares apropiados, *comprobados* por muchos lectores, a fin de llegar al Camino que conduce hacia el espíritu para finalmente entrar «en el espíritu». -

¡Estos libros están pensados como *instrucciones* a fin de *encontrar* el Camino para entrar «en el espíritu»!

El motivo de mis escritos desde el comienzo estuvo muy lejos del deseo o de la esperanza de querer ser tomado como escritor por otros escritores.

Estaba demasiado preocupado por el *objetivo* de mí escribir, determinado por mí mismo, así que el escribir *en sí*, no me ha parecido de importancia.

Naturalmente, no puedo efectuar milagros, y si pudiera no lo haría, ya que el mero deseo: «de que ocurra un milagro», no concordaría con la estructura del eterno espíritu sustancial, abierto a mí experimentar.

A pesar de todo lo que incluí en mis libros, no será suficiente con tomarlos en mano ocasionalmente, hojearlos y repasar algún pasaje mentalmente por un tiempo.

Si uno quisiese utilizar estos libros *correctamente*, para que *puedan* dar lo que son capaces de dar, entonces deberían ser *acompañantes permanentes* en la vida del alumno en el espíritu.



¡No debe pasar ningún día sin haber profundizado en ellos! -

Esto es necesario, dado que el buscador se encuentra en una época y en un mundo por ella generado, cuyas tendencias todavía están direccionadas hacia el avance y la dominación de lo *más externo*, mientras que él mismo debe preservar su propio enfoque en lo *más interno*.

¡El *tiempo* de hoy no es ni mejor ni peor que algún otro tiempo!

El *mundo* de hoy es en todo sentido expresión de aquello que el ser humano de hoy debe haber *vivido* en la Tierra, para que su rumbo hacia lo *externo* y lo *más externo*, conservado desde hace siglos, *pueda cambiar* nuevamente hacia lo interno.

¡Pues, uno no debe imaginar tal cambio de rumbo como una especie de «conversión en masa»!

Lo que realmente llega a *ser transformable*, será *desapercibidamente* transformado, - así, ya hoy nos encontramos *en medio de la transformación*, mientras que la mayoría piensa que el rumbo todavía *continúa* siendo hacia lo *externo* . . .

Los ojos todavía están acostumbrados a la búsqueda de horizontes imaginarios, o solo esperados *en la lejanía*, por lo que no son capaces de reconocer claramente lo *contraído* por toda aspiración hacia lo externo, dado que aquel aspirar solo constituye un último e *inevitable* periférico *temblar* de impulsos de la humanidad, ya *retrotraídos* desde hace tiempo hacia su fuente de fuerza motriz. -

Tal como la luz de una vela apenas resplandece poco antes de apagarse y brilla intensamente por última vez, así el impulso hacia lo externo festeja hoy sus triunfos, que son nada más que confirmaciones de su inminente e *inevitable extinción*, puesto que el «cambio de rumbo» ya ha *comenzado* desapercibido dondequiera se encontraban cumplidas las correspondientes condiciones.

¡Los grandes impulsos de la humanidad *dobleган* sus fuerzas pero no las *quiebran*!

En tal tiempo, el pensar, hablar y actuar de cada uno tiene mucho más importancia, que *cuando* los impulsos de la humanidad aún *no* han llegado a su determinado fin.

Más que cualquier otro, el buscador en búsqueda del centro de su ser espiritual, necesita en tal tiempo, un mundo de experiencia interna, en el cual lo *futuro* de lo externo, ya esté *activo* en una forma correspondiente a la realidad . . .

La tarea principal de mis libros consiste en *ayudar* al buscador a abrir en su interior ese mundo de experiencia espiritual.

Pues solo se podrá cumplir con esa tarea, cuando el buscador *tome consejo* de mis libros *día tras día* teniendo en cuenta el hecho, comprobado más que mil veces, de que *jamás* ellos se pueden *agotar*.

Puedo afirmar tranquilamente, que si una persona fuese capaz de vivir en su cuerpo por siglos en la Tierra, y si estuviese en contacto interno con mis libros diariamente, no presenciaria, sin embargo, el día en el cual podría llegar a afirmar que estos libros no tendrían ya nada nuevo que poder decirle.

En tiempos de *cambio de rumbo* de los impulsos de la humanidad, mucho se cree progresista y avanzado, lo que en verdad solo es el último efecto de la voluntad inquietante de *aferrarse* al *pasado*.

Por eso, el buscador se encuentra siempre ante el peligro de graves engaños, si no les son accesibles informaciones que le permitan reconocer claramente aquello que *verdaderamente* es del futuro.

Tales informaciones él las va a encontrar en casi todas las páginas de mis libros.

¡Si toma diariamente consejo de ellos, entonces el futuro se le va a desvelar ya *en su propio presente*, y él será *co-creador* de lo *venidero*, gracias a lo *experimentado* de antemano!

Recién entonces, él va a experimentar por sí mismo, que la existencia terrenal, aun en los tiempos *más difíciles* y *tristes* no puede perder su «sentido», - ya que el sentido no se encuentra en el *pensar* y *lo pensado*, sino en la capacidad de poder *actuar* en conformidad con el espíritu.

¡Quien quiera ser mi «alumno» en el espíritu, no lo es porque *piensa* como yo o *crea* que piensa como yo, - sino solo será alumno mío, recién cuando él transforme *su vida activa* en la manera sugerida por los consejos dados en mis libros!

¡Si él un día puede decirse a sí mismo, que estos libros fueron el motivo del comenzar una nueva vida, llena de *certeza* interna y de una *alegría* desconocida hasta ahora en sus *actividades*, y de que no quiere vivir más sin las enseñanzas y sugerencias que escribí para él, - entonces, ha usado mis libros, en la manera «*como deben ser usados*»!

Igual que otras cosas de este mundo, también los libros no ejercen la bendición o la maldición solo por su *propio valor*, sino más bien por la manera en que se los *utiliza*.

Así, la activación de la *ayuda* sustancial espiritual que mis libros son capaces de brindar, depende en un alto grado de la manera en que el lector los *utilice*.

¡No existe en la Tierra nada de lo que no se pueda *abusar*, - que no se pueda enajenar su utilización *benéfica!* -

Mis libros por cierto no son una excepción.

Él que hasta ahora, no sepa todavía utilizarlos correctamente, será mejor apartarlos de momento, hasta que *sepa* utilizarlos, como deben ser utilizados.

¡Él *no* esperará *en vano* por un mejor entendimiento, mientras que la *voluntad* hacia la luz y la claridad permanezca viva!

Solo *aquellas* personas, que ante su conciencia sean verdaderamente de «*buena voluntad*», encontrarán la *paz* interna a través de la utilización de mis libros . . .

FIN